FRAY MOCHO



LAWN-TENNIS, POR PELÁEZ



La caricatura en Norte América



UNA COLECCION QUE SE COMPLETA

—El cazador.—''Este es el único trofeo que necesito para mi colección''.

(''The New York Times'').



¡VAYA CALOR!

—El Marne, Verdún, El Somme, La ''Retirada Victoriosa'' de von Hindenburg, Revolución rusa, Declaración de guerra de Estados Unidos, Empréstito Norteamericano, Primera expedición de tropas norteamericanas en Francia, Ofensiva rusa, La flota norteamericana combate a los submarinos. ¡Caramba! La temperatura sube de un modo alarmante!

(''The New York Times'').



VIAJES DE PLACER

—''Deme un boleto, ¿quiere?, pero de ida y vuelta por vía de Hamburgo''.

(''The New York Times'').



NO TODOS SON BETHMANN HOLLWEG

—Estos no quieren dimitir.

(''The World'', Nueva York).



UNA BUENA EMPRESA

El ingenio del Tío Sam, encontrará el medio de hacer la limpieza de la cloaca.

(''The News'', Dayton).



To be...

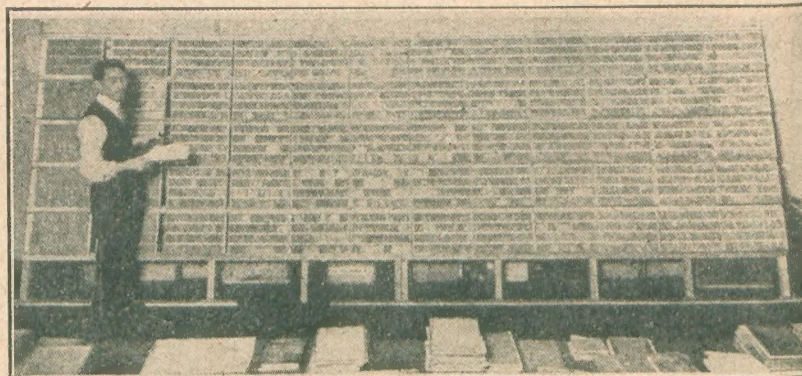
(Del libro "Las Noches de Oro", recientemente aparecido).

¿Cerrar los ojos y en la bruma estéril
del sueño, como en aguas indolentes
embarcación desierta, abandonarnos
hasta el amanecer, ribera firme,
y despertar al tumultuoso día
grávido de pasión, de fiebre y duelo?
¿En una noche así cerrar los ojos,
¡voluntaria ceguera! en una noche
de plata, de cristal, de raso y nácar
anularnos, dormir, yacer aislados
de la belleza, y en su seno, ausentes?
¿Ciegos dejar las horas más divinas
deshojarse y morir bajo este cielo,
mientras malogra el corazón activo
su incesante labor la inconsciencia?
¿Negarnos al recóndito deleite?
¿Renunciar al silencio más sonoro
que la voz, en el éxtasis?

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

Pobre tipógrafo

Los caracteres chinos no expresan sonidos; son "ideógrafos" o signos que representan ideas o cosas. De aquí que los chinos no tengan alfabeto, propiamente dicho.



Por esta razón los chinos deben emplear un asombroso número de caracteres de imprenta. Para componer un libro común en chino se necesita no menos de diez mil tipos de imprenta diferentes.

A veces una frase entera es representada por un solo carácter de imprenta. Las palabras "negro", "madre", muerto", "sí", "amarillo" y muchas otras son expresadas con un solo tipo. Uno de nuestros tipógrafos se volvería loco o poco menos si tuviera que componer con las letras chinas.

El grabado nos muestra una caja que contiene un juego de tipos, de un solo tamaño y de un solo estilo, de una imprenta china, Comprende siete mil caracteres. La caja tiene diez y seis pies de largo y cinco de ancho. La primera distribución de los tipos en las correspondientes casillas exigió un mes de trabajo.

Una cena química

Lo más probable es que sustitutos químicos de alimentos no resuelvan la cuestión de la carestía de subsistencia, como han pensado algunos optimistas, pero no por eso deja de ser curiosa la demostración de que se puede imitar con substancias químicas a muchos alimentos naturales. Falta saber su grado de propiedad alimenticia y hasta qué punto los asimila el organismo.

En Nueva York fué servida una cena en la cual todos los alimentos, excepto la carne y la ensalada, eran productos de laboratorio químico. En el salón comedor, sobre un gran horno había retortas, aparatos dosimétricos, balanzas de precisión, filtros y una serie de frascos que contenían líquidos y polvos de diferentes colores en los cuales se reflejaban las luces violetas de un pico de Bunsen.

Se anunció que la cena estaba lista. Un químico, vestido de cocinero, se entregó a minuciosas manipulaciones.

Una mezcla de absintina, hielo y alcohol, a la que se agregó un poquito de amarillo de anilina, proporcionó a los invitados un excelente cocktail.

Un compuesto de ácido tartárico, alcohol, ácido acético, glucosa, agua destilada, sacarina, bicarbonato de soda, caseína y glicérofosfato de soda, sustituyó a un vino de uva de primera calidad.

Así fueron imitados diversos alimentos.

Lo que más sorprendió fué sin duda la preparación del helado. El químico tomó un poco de vulgar aceite de algodón y ló mezcló con agua. Echó luego la mezcla en una máquina centrífuga que giró luego con una velocidad de tres mil vueltas por minuto y extrajo de la máquina una especie de crema de delicado color, que fué helada artificialmente. A este helado de crema se le agregó para darle sabor un poco de esencia de vainilla, de glicerina y de nitrobenzol.

Libros nuevos

"Las rosas del mantón" (Andarizas y emociones por tierra de España). Ernesto Mario Barreda, editado por "Buenos Aires Sociedad Cooperativa editorial".

"La sombra del convento". Manuel Gálvez, editado por "Buenos Aires Cooperativa editorial".

"Fuente sellada". Hugo Wast, nueva edición, por la agencia general de librería y publicaciones.

"La literatura mejicana durante la guerra de la independencia", por Luis G. Urbina, editada en Madrid.

"Con mi 75", de Pedro Sayé, Asunción (Paraguay).

"En las cimas", "Ante los bárbaros", "Horario reflexivo" y "Los discípulos de Emaüs", por Vargas Vila, editados por Maucci.

"Filosofía, política, historia", por Rodolfo Rivarola, editada por "La Facultad".

"Rancho", de Ricardo Güiraldez, editado por la imprenta Tragant.

"Flores del aire", poesías de Urbano Alvarez, Río Cuarto (Córdoba).

"Hacia una moral sin dogmas", por José Ingenieros.

"La vida intelectual en la América Española", por Vicente G. Quesada, editado por "La cultura argentina".

"El ocaso del Dictador" y "El primer poeta criollo del Río de la Plata", por Martiniano Leguizamón.

Buenos Aires...



Vivíamos en aquel tiempo en un barrio nemoroso y callado. No pasaban tranvías por la calle; los pregoneros no gritaban la bondad de sus artículos con la voz tonante que lo hacen en otros sitios y ni siquiera en las tardes dominicales derramaba sus valses de organillo que cantó Evaristo Carriego. ¿Era por esto un barrio taciturno? De ninguna manera. Tenía la placidez alegre que infunden los árboles y la serenidad que comunican las viejas casas, asomando su gesto prócer por entre las nuevas arquitecturas.

Los moradores vivíamos tranquilos, pero un día ocurrió algo trascendente. Amanecía y la calle se pobló de ruidos y alardes inauditos. Las gentes se asomaron y vieron dos carros repletos de muebles y seguidos por tres automóviles. En el primero venía un perro de raza, hecho un foragido; en el segundo tres chicos; y en el último, el dueño de los muebles, del perro y de los niños. La caravana se detuvo frente a nuestros balcones y por ese atavismo curioso—herencia paradisial que llevamos adentro—observamos al recién venido. Al poco rato todo quedó descargado, y aquel personaje y sus derivaciones, bien instaladas en su nuevo domicilio.

Pasó una semana y ya no recordábamos al extraño vecino cuando una mañana sentí que llamaban a nuestra puerta. Abrí. Era el personaje en cuerpo y alma.

—¿Qué se le ofrece, señor?

—Quería conocerle. ¿Es usted tal fulano?

—El mismo. Y yo ¿con quién tengo el gusto de hablar?

Por toda respuesta me extendió una tarjeta de marfilina en donde se leía "Dr. Jeón García Sneider.—Rentista". Yo leí aquel nombre donde a las claras se veía un entronque germano en cepa gallega; y no pude evitar una sonrisa. Lo invité a sentarse; mas el hombre prefirió revisar mi biblioteca, mis cuadros...

—Figúrese, me dijo, que yo soy viudo, con tres hijos y pronto me caso nuevamente. Mi próxima señora es distinguida, rica y joven. Y aunque no necesito de sus caudales, me caso porque es ¡tan buena, tan distinguida! sobre todo, mi amigo; mis criaturas necesitan quien las cuide, mientras yo ando en mis negocios.

Mi modesta persona no contestaba una sola palabra, deseando que el doctor Jeón García Sneider me dejara solo. Quizá lo advirtió, porque tomando sus guantes, su bastón y su sombrero se marchó. De la escalera volvió hacia mi, y sacando de la escarcela tres billetes de cien pesos los dejó sobre mi escritorio:

—Me hace el favor de guardarme esta cantidad, son los alquileres adelantados de la casa, y como el dueño de mi nuevo domicilio es el mismo de esta casa, le ruego que cuando venga se los entregue. Yo nunca estoy en mi hogar. ¡Soy tan ocupado! ¡El estudio, los negocios, la banca, la bolsa, mi novia!

—¡Pero señor!—le dije—esto es peligroso; no me ocupo de esas cosas y el dinero puede perderse.

El doctor insistió en su actitud y sin oir mis negativas salió casi volando, escaleras abajo. Abrí los balcones para que el viento caritativo se llevara el perfume de Piver que dejó el personaje. En pago de la molestia estuve a punto de repartir el dinero entre mis numerosos acreedores y lo envié con la sirvienta a su destino.

Pasaron los días, como ocurre en todo relato. Varias veces el doctor vino en mi busca y me negué. A través de los visillos — eso sí — le admiraba en su indumentaria. Cambiaba de jaquet, sombrero y bastón; y para impresionar al barrio, al descender del tranvía tomaba automóvil y llegaba pavoneando su humanidad.

Los vecinos le pusieron "El señor del barrio". ¿Quién le calificó así? Nadie lo supo; pero el sobrenombre le cuadraba a las mil maravillas. Paulatinamente este hijo de Eva fué difundiendo su historia. Su novela — porque era una novela su vida — cayó en labios de portería; fué a los almacenes, llegó al peluquero y nadie ignoró el menor detalle de tan sabroso romance.

Sus afeites y actitudes de rico-hombre no engañaron a nadie; pues como llegamos a saber, el doctor Jeón era tan sólo "El señor del barrio" a secas; y algo más: el picaflor del barrio. Los maridos empezaron a abrir más grandes los ojos; los padres de familia a vigilar más a sus hijas; los hermanos de igual modo. A su vez el agente de facción, que tenía el monopolio de los piropos a la servidumbre, no hizo buena cara a tamaña irrupción sentimental.

Para impresionar al vecindario y siempre dentro de su ritmo de conducta, el doctor preparó su enlace con todo boato y sonoridad. Desde la antevíspera, en casa de Jeón García Sneider, se sintieron ruidos de martillos, tablas que se rompen; herramientas que aflojan y aseguran camones, roperos, cuadros, vajilla, etc. La curiosidad había asumido su máxima potencia y de nuevo nos asomamos como en el primer día. Dos automóviles estaban parados frente al número 500 de la calle..., es decir, en las puertas del personaje. Y empezaron a descender obreros armados de hierros y grandes placas, a manera de las viejas rodelas donde los caballeros se escudaban frente a la morisma. ¿Qué pasa?, nos preguntamos. ¡Este hombre, para justificar su renombre, está acaso por armar la falange y posesionarse violenta y romanescamente del barrio? Volvió nuestra alma al cuerpo; pues lo que suponíamos égidas, escudos y rodelas medioevales, eran sencillamente chapas; los dardos, tremendos clavos de seguridad; la aljaba, una máquina de escribir; y los falangeros, llana y lisamente peones de fardo.

Empezó por borrar el número de la casa y colocar una chapa de bronce con el número 500 en sobre relieve. Al lado puso otra placa donde se leía: "Doctor Jeón García Sneider. — Particular". Pero como alguien pudiera animarse a confiarle algún asunto, debajo del "Particular", y en otra plancha de acero, colocó esta: "Por asuntos jurídicos y bancarios dirigirse a Reconquista...

La exposición de bronces y letreros fué durante una semana la alfalfa del comentario; y ya sea por imitación, o bien para que los transeuntes no creyeran que la única persona universitaria y representativa era el resonante individuo, los vecinos empezaron a descolgar sus probanzas y pergaminos. ¡No faltaba más!...

Un médico, ya harto de dinero y de años, desengavetó sus chapas y las colocó en la puerta. Otro tanto hizo un abogado sin pleitos; un perito mercantil que se consagró "contador"; de igual modo el escribano, la partera, la modista, la masajista, el traductor; un doctor en filosofía y letras; y una doctora en pedagogía de la universidad de La Plata. Todo el mundo con su retablo doctoral. A los fulgores del sol, o cuando se prendían los focos, parecía que de las casas surgían llamaradas, tal era el lustre y el cuidado de las chapas.

Solamente dos personas no tenían placas significativas: un hombre bajito, colorado y gordo, dueño de varias casas, y el que suscribe. Yo veía que al pasar, el hombrecito me miraba con fraternidad, con lástima tal vez. Claro, él gozaba en su interior al ver que yo no tenía títulos y le acompañaba en insignificancia. Pero no pudo soportar más la enorme carga de no ser nada y un día colocó en su puerta: "Ceferino Lambettani. — Propietario".

II

Días hacía que el doctor Jeón García Sneider estaba casado. El barrio tenía que hacer con sus paseos matrimoniales. ¡Qué mujer más fea!

El bien amado, lejos de cambiar su ritmo de conducta, lo caracterizó más y más. Fundó un semanario, órgano de la vida parroquial, lo que fué motivo para una nueva placa de bronce donde se admiraba esta leyenda: "El Florense, semanario literario, noticioso, impersonal. Lo redacta y dirige su propietario doctor Jeón García Sneider y Señora".

Efectivamente, se le veía en compañía de su esposa, trabajar noche a noche; ir a la imprenta, buscar los avisos y penetrar en las casas en busca de informaciones. Mas, no tardaron las desarmonías del hogar, y cierta noche de tormenta, la bien amada corrió a puño limpio al bien amado y se fué a casa de los padres. ¡Oh, los celos!

El señor del barrio, que era — como dijimos — el picaflor del barrio, al verse solo entre sus hijos, el perro y las chapas, reforzó sus andanzas sentimentales hasta convertirse en el peligroso del barrio. No bien aparecía a la distancia, las muchachas se entraban; y era un cerrar de puertas y ventanas, lo mismo que al paso de los canes hidrófobos. ¡Aislado, odiado, burlado y calificado! ¿Qué rumbo tomar? El doctor sentía en torno suyo el pavor de los abismos y la soledad de los desiertos. ¿A dónde ir? Por sobre todo había que ser valiente—se dijo—y coronar la leyenda con un rasgo paladinesco. Así fué. Una mañana, en presencia de todos, desclavó las chapas, echó sus muebles en dos carros y tomando a sus chiquillos de la mano se marchó de a pie. El perro, a la retaguardia, cubría la retirada, toreando y embistiendo a los árboles y postes de la bocacalle. Como siempre, las gentes se entraron para admirarle a través de los visillos en derrotada grandeza. La calzada parecía la calleja dormida de un pueblo dormido. El doctor solo la llenaba y rellenaba con su prestigio...

¡Ah, Buenos Aires! Al siguiente día y en lo sucesivo se oyeron a lo largo de la calle ruidos melancólicos: era el desclavar de retablos probatorios. La gente volvía a la sencillez y a la cultura; tornaba a no ser nadie y a ser todo, como la vida, como el agua que pasa...

César CARRIZO.

Dib. de Hohmann.

NOTICIA BIEN DADA

A consecuencia de una herida recibida en el frente, hubo que amputar una pierna a un soldado. Al escribir a su familia, deseaba comunicarle la noticia, pero en la forma menos dolorosa posible. Tras una descripción completa de la batalla y de su herida, acabó diciendo:

"Al llegar al hospital tuve una entrevista con los cirujanos. En lo sucesivo no necesitaré más que un botín."

POR SI ACASO

El enfermo antes de acostarse en la mesa de operaciones empieza a sacar el dinero de su cartera.

El médico.—No es necesario que pague usted antes de la operación.

El enfermo.—No, si no iba a pagar. Voy a contar el dinero antes que me dé el cloroformo.

CUESTIÓN DE GÉNERO

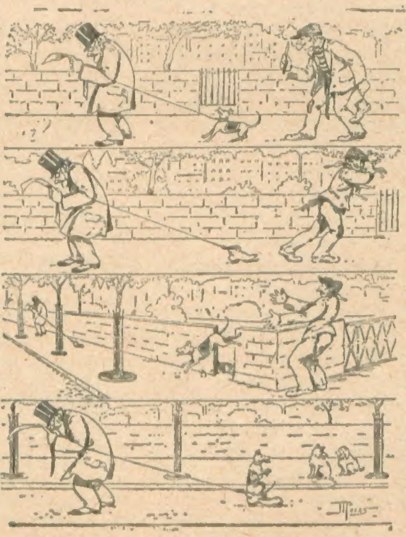
—Bien, Guillermo, — dice el maestro. — ¿Cuántos segundos tiene un minuto?

—¿Masculino o femenino?

—¡Masculino o femenino! ¿Qué quieres decir con eso?

—Es que hay mucha diferencia, — replicó el alumno.—Cuando mi padre dice que acaba en un minuto, son sesenta segundos; pero los minutos de mi hermana tienen lo menos seiscientos.

TINTIN, EL CACO Y LAS NOTICIAS DE LA GUERRA



UNA EXPLICACIÓN

Un millonario encargó a un célebre escultor un grupo representando a Polifemo aplastando a Acis bajo la roca, entregándole a cuenta $ 8.000.

Pasó un año.

Cansado de esperar el millonario, fué a visitar el estudio.

—¿Cómo va mi grupo?

El escultor, señalando un bloque enorme de mármol que había en el centro, contestó:

—Ahí tiene usted el grupo.

—Pero...

—Seguramente, — dijo el escultor, — ese bloque es la roca.

—Pero, ¿dónde está Acis?

—¿Acis? Debajo de la roca, naturalmente, aplastado, invisible.

—¿Y Polifemo? ¿Qué se ha hecho de Polifemo?

—¿Polifemo? ¡Ah, usted cree que era tan tonto, como para quedarse ahí después de cometer semejante crimen!

LÓGICA.—

—Los trajes de tu esposa me cuestan bastante caros.

—¿Cómo los trajes de mi esposa? ¡Si soy yo quien los paga!

—Lo sé; pero cada vez que tu mujer estrena un traje, la mía quiere uno igual.

Responsabilidades de la guerra

(Del interesante libro "La historia ante la filosofía y la política", recientemente publicado por el doctor Rodolfo Rivarola).

Respeto la situación en que me encuentro y el pensamiento y las inclinaciones de los demás, y ahogo mis juicios sobre la responsabilidad que en esta guerra tengan Alemania o los otros beligerantes. El emperador de Alemania podía declarar la guerra y podía no declararla. Era una opción puesta a su voluntad por las condiciones de su poder. La constitución del imperio le acuerda esa atribución, limitada sólo por el consentimiento que debe prestarle el consejo federal. Este último se compone de los representantes de los "gobiernos"—no de los pueblos ni de los estados que forman el imperio,—y el consentimiento no podía faltar al emperador. Consentir no es ordenar ni siquiera decidir. Si se agrega la circunstancia de no existir en Alemania el régimen parlamentario, de consiguiente responsabilidad de los ministros, se ve como la opción entre la guerra y la paz queda, por la organización política, deferida allí al juicio del emperador. Este juicio, en el caso o fuera del caso actual, puede ser resultado de lentas deliberaciones y reflexiones, y puede con ellas mismas tomar una decisión contraria a las conclusiones de la reflexión.

La larga preparación militar del imperio alemán, la superioridad acordada a la organización de la fuerza para la guerra, la perfección atribuída a la máquina militarista, el estudio desde muy largo tiempo meditado de los planes estratégicos, la agitación producida por el crimen de Sarajevo, nada de esto y mucho más que se pensara podrían haber impedido la opción por la paz.

En la constitución de las monarquías liberales, ejemplo la de Italia, el rey tiene poder para declarar la guerra; pero ningún acto suyo tiene valor si no se halla autorizado por los ministros, directamente responsables. En las repúblicas, a ejemplo de la constitución de Estados Unidos (art. 1, sec. 8.ª), sólo el congreso tiene autoridad para declarar la guerra; y así vemos al presidente Wilson solicitar del senado la reciente declaración contra Alemania y esperar luego la votación de la cámara de diputados.

Todo autoriza a considerar al presidente Wilson como un amigo de la paz. Su actitud como gobernante llegó hasta proponer a los beligerantes una "paz sin victoria". Es demasiado reciente el suceso para que requiera mencionar aquí la opuesta impresión y comentario que tal pensamiento suscitó en los dos bandos de la guerra. Su concepto, o en otros términos diría, su fórmula mental era la paz. La paz valía más para la humanidad que la afirmación por la fuerza, de cualquier ideal o de cualquier principio. La invasión de Bélgica en agosto de 1914, violó derechos de neutralidad, violó tratados, ofendió el sentimiento de justicia de media humanidad: el invasor tenía desde largo tiempo estudiado el plan estratégico que comenzaba por la invasión de aquel país, y razonaba la explicación que justificara el hecho: la necesidad de vencer, y de vencer pronto y bien a Francia, y en el caso, a Inglaterra. La invasión de un país relativamente débil, en proporción de territorio y población, la violación de la neutralidad y la desobediencia a los tratados, que fueron oficialmente declarados pedazos de papel, tenían del lado alemán una preparación filosófica y en ella una explicación y una justificación ética. Los nombres de Nietzsche, de Treitschke, de Clausewitz, aparecen juntos con los de Moltke y de Bernhardi, cuando se trata de la preparación espiritual de Alemania en el concepto del estado y de la misión del estado.

Sin conocimiento especial, directo, del movimiento intelectual de Alemania que ha precedido a la guerra, necesito referirme a autoridad competentísima, que si fuera sospechada de parcialidad sólo sería por su admiración a aquel país. Quiero apoyarme, en una palabra, en el testimonio del doctor Ernesto Quesada, a quien me liga tanta amistad y compañerismo desde nuestra juventud. Si hay un argentino que conozca el espíritu alemán, es sin duda mi amigo, quien sobre tantas pruebas dadas de estudio de aquel pueblo, ha escrito "La enseñanza de la historia en las universidades alemanas", que consulto cada vez que alguna preocupación sobre temas que él haya tratado, trabaja mi entendimiento. El doctor Quesada, no disimuló la admiración que le inspiraba Treitschke, como puede verse en las páginas 969 y 973 de su libro. Treitschke, fué "honra y prez de la universidad de Berlín, en cuya aula su palabra elocuentísima inflamaba constantemente al auditorio; aplicó el mismo método científico y el mismo criterio "patriótico" a sus notables trabajos históricos". El mismo doctor Quesada, para expresar del susodicho criterio el más breve concepto, cita las palabras del rector Kahl, quien dijo de Treitschke, que "enseñó siempre que la personalidad individual se subordinaba a la vida del estado". El libro del doctor Quesada será fuente de explicación del estado mental y moral de Alemania antes de la guerra, valiendo su erudición, su conocimiento personal de lo que expone y sus simpatías por aquella nación, para dar a su palabra el valor que siempre tiene. He aquí otras expresiones de la misma obra: "La disciplina de la historia se convierte, por la fuerza de las cosas, en el renglón más importante del plan de estudios, y el único en el cual el estado impone "manu militari" su criterio nacional, dinástico y social". ..."De manera que la enseñanza de la historia en las escuelas públicas ha sido el arma más poderosa esgrimida por el emperador "para imponer una orientación determinada al pueblo alemán": no es fácil, pues, que ese criterio varíe mientras reine, ni me parece probable que ninguno de los actuales estadistas de Alemania quiera hoy modificarlo. Acertado o equivocado ese criterio de Guillermo II, equivale a un sello hondo e imborrable, impreso en el alma germánica". Repetiré todavía, de la misma fuente: la reglamentación oficial de la enseñanza de la historia es clara y terminante; "al explicar la historia patria y trazar cuadros históricos de los respectivos regentes, se deberá hacer resaltar el desenvolvimiento social y económico hasta 1888, para poner de relieve los méritos de los Hohenzollern, principalmente en levantar la clase social de los campesinos, obreros y burgueses". Por último: "tal orientación impuesta por la superioridad y cuyo cumplimiento estricto vigilan los inspectores de educación, convierte a los maestros en un verdadero ejército burocrático técnico que debe obrar con arreglo al criterio del gobierno, con disciplina estrictamente militar, así como en la milicia la oficialidad acata y ejecuta las órdenes e instrucciones superiores".

He querido explicarme de qué manera una filosofía ha podido serlo del estado; ha podido ser filosofía de la historia, filosofía de la política, filosofía del poder de un hombre que en el trance de precipitar la guerra o detenerla, optó por precipitarla...

Y he aquí que en este punto, todo el espíritu favorable por simpatía al lado alemán, rectificaría con mil voces, diciéndome, tal vez gritándome, que no, que el emperador no precipitó la guerra, que Alemania no la provocó ni la declaró, que Alemania se ha defendido de una agresión exterior que sus enemigos lanzaban sobre ella, que ha luchado solamente por mantener su existencia, y que el emperador Guillermo hizo lo único que podía hacer, iniciar la defensa de su pueblo.

No intento abrir ni aceptar polémica alguna sobre esta difícil cuestión. Ignorante como me encuentro, concederé y consentiré en que una futura historia de esta guerra deba comenzar con estas palabras u otras semejantes: "En tal noche de agosto de 1914, el territorio alemán fué inesperadamente invadido por un ejército belga..." Para mi ejemplo esto sería lo mismo. Tendría que referirme a las concepciones teóricas y filosóficas del Estado según los historiadores y filósofos de Bélgica, y una vez que hubiera encontrado en ellos las mismas ideas sobre la enseñanza de la historia como instrumento de la política, y la preparación de la historia como consecuencia e instrumento de una filosofía, me bastaría substituir en lo que llevo escrito, el "emperador Guillermo" por el "rey Alberto". Siempre encontraría que un pensamiento filosófico crea una política, y una política crea la historia, mientras otros hallarían que la historia ha creado a la política y ésta ha mandado confeccionar una filosofía de medida.

No se me oculta lo difícil del problema en el cual he entrado, si no es que sólo ahora voy entrando, y paréceme ya semejante a saber si lo que existió primero fué el ave o el huevo. Probablemente para los historiadores, será la historia lo fundamental; así como para los filósofos es la filosofía, mientras que los políticos, de la práctica política, se reirán de la filosofía, de la historia y de las historias, y creerán disponer de las dos como instrumentos de su política. Cada cual, desde el ángulo que ocupa, en este triángulo equilátero en el cual se encierra la vida de la humanidad, se cree el punto de partida y creación de todos los demás, y dominador de lo que desde los otros ángulos se engendra...

Rodolfo RIVAROLA.

Callejeras

Los restaurants ambulantes del Retiro

Son varios y se hacen una endiablada competencia, pero entre ellos triunfa por su mayor despacho y lo escogido de su clientela, el de don Juan, el "Noy", como lo llaman afectuosamente los consumidores, a pesar de que no tiene de catalán más que el acento, pues es natural de Mallorca.

Su vehículo-cocina es a las once de la mañana un lugar que atrae a la gente que pasa. Los chauffeurs del Retiro, los trabajadores de la dársena y de las vías del ferrocarril portuario, acuden como moscas a la miel, y el grato perfume que despiden los churrascos es un inmejorable aperitivo.

Atraídos también por el susodicho perfume, nos aproximamos al carro de don Juan y entablamos conversación con un criollo viejo, que con las manos en los bolsillos y la cara lánguida contemplaba envidiosamente el voraz deglutir de la clientela. Su traje harapiento indicaba pertenecer a un desocupado.

—¿Y usted no come, amigo?—inquirimos.

—No, niño, no tengo ganas, ¿sabe? Hi comido mucho aier.—Sus ojos denotaban que mentía.

—Usted es provinciano, al parecer.

—Catamarqueño, pa servirlo, niño. Hace unos meses que estoy en Buenos Aires y no hi podido haiar trabajo. Mal me las hubiera visto si no fuera porque don Juan tiene un corazón grandote y bueno. ¡Hombre rico, niño! Tuitos los días sale di aquí con tamaño rollo de pesos. Se despacha diariamente hasta quinientos churrascos y seis damajuanas de vino. Io le aiudo en lo que puedo, le caliento agua, li barro el suelo y otras cositas más, y él, en cambio, me fía la comida. Hoy no mi animo a pedirle porque li debo setenta centavos, ¿sabe?

Pechazo ad-portas, pensamos, y adelantándonos le ofrecimos:

—Si quiere, le pagaremos esa cuentita; usted parece buen criollo.

—¡No, señor, no li he de permitir, no faltaba más! —nos contestó con rara cortedad.

—Bueno, pida lo que quiera y se lo pagaremos.

—Bueno, niño, a tanta exigencia... Deme un churrasquito, don Juan, ¿quiere?

—¿Ta lo paga el sañor?—inquirió el interpelado; y tranquilizado por nuestra affirmación, accedió a la demanda.

—Toma; ta lleves lo mejor del *viculo*, reladrón...

—¿Mucho negocio hoy, don Juan?—preguntamos.

—Rigular. Hay días mejores ca éste, pero no ma quejo; sa vive. Como usté ve, semos dos a despachar y nos cuesta atander a todos. El cocinero es el harmano de mi mujer y ella misma lleguerá dantro de un rato para ayudarnos.

—Sea franco, don Juan, ¿cuántos pesitos tiene en el banco?

—¡Nada, hombre, una miseria, hoy día está todo tan caro!...

—¿Alrededor de mil pesos?—seguimos curioseando.

—¡Hombre, algo más que eso! Ando por los seis mil, y como esta racha siga... Hai ca ver ca casi todo es ganancia. Tengo parmiso de estecionamiento y pago solamente cinco pesos de sisa...

Y como viera que nuestro primitivo informante había terminado su almuerzo y se relamía golosamente los labios, exclamó magnánimo:

—¡Pepe! Dale un quinto de Mandoza al tío este. ¡Ah, señor! ¡Si no fuera por estas genarosidades mías, ca tiempo hace ca yo fuera rico!...

Manuel ROMERO.

Windsor

El rey de Inglaterra ha renunciado a su nombre alemán así como a todos los títulos y dignidades derivados de Alemania y ha adoptado para sí y para la familia real el nombre de Windsor, vinculado desde siglos a los reyes de Inglaterra.

El castillo de Windsor, mansión real, data de los tiempos de Guillermo el Conquistador, fundador de la casa de Normandía y precisamente de Guillermo el Conquistador y del primer rey sajón Egberto que desciende el actual monarca, a pesar del cambio de denominación que en los tiempos sufrió su familia.

El rey Eduardo VII, único monarca del cual puede decirse que pertenece a la rama de Saxe-Coburgo, está enterrado en Windsor. También yace en el histórico palacio la reina Victoria, último representante de la casa de Hanover.

En esa mansión han vivido los príncipes de las casas reinantes de los Normandos (1066-1154), los Plantagenet (1154-1399), Lancaster (1399-1461), York (1461-1485), Tudor (1485-1603), Estuardo (1603-1714), Hanover (1714-1901).

Ningún lugar del imperio podía, pues, dar con más derecho un nombre a los reyes de Inglaterra.

El artista y su modelo



Esos delicados rostros llenos de frescura, de ingenuidad y de femenino encanto que son obras favoritas de los dibujantes norteamericanos, no son sine reproducciones de modelos vivientes y de un tipo de la realidad cotidiana, el de la ''girl'' norteamericana. Todos los dibujantes que nos dan esos rostros que parecen idealizados copian a la Naturaleza, que está resultando la mejor musa. Gibson, por ejemplo, tiene su modelo, que es su propia esposa. La bonita cabeza que reproducimos, obra de Howard Chandler Christy, nos muestra a su modelo Miss Bobbie Boyland, cuyo retrato fotográfico acompaña al dibujo.

Juguetería japonesa

El comercio de juguetes del Japón fué en 1916 cuatro veces mayor que en 1912. El Japón se ha convertido así en poco tiempo en el proveedor principal de juguetes a todos los países del mundo. El importe total de esta exportación ascendió en 1916 a 3.800.000 pesos oro. Los Estados Unidos solamente recibieron del Japón en el año pasado juguetes por valor de 1.090.000 pesos oro.

Se cree que el comercio japonés de los juguetes descenderá una vez terminada la guerra, en razón de que los productos nipones de esta clase son inferiores a los europeos.

Se prevé también la aparición en gran escala en el mercado mundial de los juguetes franceses, de excelente calidad. A esta industria se concede ahora en Francia excepcional importancia y se dedica a ella a gran número de los inválidos de guerra.

Sin embargo el Japón logrará conquistar un puesto principal en el comercio de juguetes baratos de baja calidad, pues la mano de obra representa un costo muy reducido. En efecto, un experto obrero japonés fabricante de juguetes, recibe un salario de 37 centavos oro por día.

La condecoración de Liszt

La última vez que Franz Liszt visitó París, fué invitado al Palacio del Elíseo, por Julio Gréviy, presidente de la República.

El presidente, muy amable, se acercó al músico genial y le dijo:

—Querido maestro, es un verdadero placer para mí darle la noticia de que el gobierno se honra nombrándolo caballero de la Legión de Honor.

Franz Liszt se inclina, visiblemente confundido:

—Señor presidente: no sé cómo expresarle mi gratitud por esta delicada atención. Pero... deseo advertirle que tengo ya el honor de haber sido condecorado con la Legión de Honor.

—¡Oh! ¡Cuánto me alegra! Eso demuestra que Francia ha sabido ya reconocer y aprobar su genio. Me siento, pues, doblemente feliz en poder nombrar a usted oficial de la Legión de Honor.

Nueva turbación del ilustre músico.

—El señor presidente me permitirá que le haga saber que soy oficial de la Legión de Honor desde hace algunos años.

Esta vez es el presidente el que se halla incómodo. Reflexiona un momento y arriesga una pregunta:

—¿Es usted comandante de la Legión de Honor?

—Todavía no, señor presidente.

—Está equivocado, señor Liszt, pues lo es desde este momento.

Caminos de cuero

Los ingenieros del Municipio de Stadswsth Birmingham (Inglaterra), acaban de practicar el reconocimiento de un camino construído con trozos de cuero de desecho. El piso se encuentra en perfecto estado de conservación, sin que su superficie haya sufrido destrozos por el paso de las caballerías ni por las ruedas de vehículos pesados. El procedimiento empleado para construir el piso de ese camino, consistió en desgarrar y desmenuzar mecánicamente trozos de cuero—procedente de calzado inservible,—hasta formar una pasta, a la cual se añadió asfalto y brea.

El camino de cuero produce poco polvo y es elástico y silencioso.

Beethoven tiene la palabra

Hans von Bulow, el célebre director de orquesta alemán, era ''kapellmeister'' de la Opera Real y de los conciertos sinfónicos de la Corte de Berlín. Una noche dirigía un gran concierto clásico en la sala de la Opera. El emperador Guillermo I, que se halla en su palco con Bismarck y Moltke, habla de una manera tan bulliciosa que su voz domina a la orquesta.

Bulow mira fijamente hacia el palco tratando de imponer silencio con la mirada. El emperador no le hace caso y continúa charlando en voz alta. Ya falto de paciencia, Bulow golpea sobre su pupitre y hace cesar la música. El auditorio queda inmóvil de sorpresa. El emperador mismo deja de hablar y se pone a mirar a la orquesta silenciada en medio de la sinfonía.

Aprovechando de este momento de silencio, Bulow levanta la batuta y reanuda la ejecución de la música en el punto en que la había interrumpido.

Terminada la sinfonía, el conde de Halsen, intendente de los teatros reales, se presenta al director de orquesta:

—Señor Bulow, Su Majestad desea saber por qué ha interrumpido la sinfonía.

—Había ruido en la sala.

—¿Ruido?

—Sí; se hablaba de una manera insoportable; las voces dominaban a la música y me era imposible continuar.

—¿Conoce usted a las personas que hacían ruido?

—Eran las que ocupaban el segundo palco de la derecha.

—¡Era el emperador!

—¡Qué importa! Cuando Beethoven tiene la palabra, el Emperador debe callarse.

El conde de Halsen se retiró inmediatamente, para volver un cuarto de hora después y entregar al irascible director de orquesta un gran sobre con gruesos sellos de cera.

Ese sobre comunicaba al señor de Bulow su separación del puesto, firmada por el Emperador.



La actual guerra europea concluirá en el año 1919

PROFECIAS DE DANIEL Y DEL APOCALIPSIS — TODOS LOS TRONOS DESAPARECERAN —

Una teósofa distinguida, la señorita Blanche Darbe, publicó en noviembre del año 1912, en la revista "Le Theosophe", de París, un artículo sobre el descubrimiento que había hecho de varias profecías.

Atravesando como estamos, una época que llenará las páginas de la historia con la narración de cruentos acontecimientos, de actos de barbarie y salvajismo, de mentiras, de hipocresías y de falsías, como manifestación de la agonía de un mundo rebosante de ignorancia y de maldad, no tiene nada de extraño que en el estupor causado por el cuadro horrendo que presenciamos, haya almas buenas que como heraldos de un porvenir de luz, de amor y de fraternidad, sacudan el polvo que los siglos han venido depositando en los archivos de la humanidad para buscar la causa del cataclismo.

La señorita Dalbe ha encontrado una predicción hecha en el año de 1863 bajo el título de "Veinte acontecimientos venideros" en un libro viejo impreso hace más de medio siglo.

Esos acontecimientos están anunciados, según la profecía de Daniel y el Apocalipsis, y acaecerán entre los años de 1906 y el final de la Era presente, en 1929-31.

1.° Revoluciones, huelgas y guerras de 1906 a 1919.

2.° Confederación de diez reinos hacia 1919.

3.° Advenimiento de un César como rey de uno de los Estados griegos (probablemente Macedonia) hacia 1920-21, y como Rey de Siria y Emperador de los diez reinos de 1925-27 a 1929-31.

4.° Ascensión de 144.000 cristianos al cielo, "sin muerte", el 26 de febrero de 1924 o el 2 de febrero de 1926. Sucederán entonces fenómenos extraodinarios.

5.° Guerra universal en enero de 1925-27.

6.° Gran tribulación y persecución que durará tres años y medio (1925 o 1927).

7.° Descenso de Jesucristo en Jerusalén el 2 de mayo de 1929 o el 9 de abril de 1931, para destruir a los malos y reinar sobre las naciones durante mil años."

Todo esto dice el profeta Daniel y el Apocalipsis, pero los iniciados de la Escuela de Oriente y los estudiantes de ciencias ocultas, tanto hindúes como ingleses y norteamericanos, nos dicen que la guerra actual es la lucha entre las dos grandes fuerzas que se dividen el dominio del mundo: las blancas y las negras.

Las fuerzas negras han triunfado siempre hasta el año 1913, en que fueron derrotadas en el plano astral por las fuerzas blancas. Todas las profecías antiguas anunciaron para ese año el estallido del cataclismo; pero no sobre la tierra, sino en los planos superiores.

La guerra actual tiene por fin matar, en la superficie de la tierra, las creaciones hechas por las fuerzas negras, que son la malignidad humana, el asesinato, el robo, la mentira, el egoísmo, la falsedad, la hipocresía, para lanzar los cimientos de un mundo nuevo, con una religión mundial, base de la fraternidad humana.

La humanidad entra en un período nuevo de su vida terrestre; teosóficamente nos hallamos en la cuarta ronda de la sexta sub-raza de la quinta raza-raíz.

Esta sexta sub-raza recién empieza a actuar en el mundo y va a desarrollarse en los Estados Unidos de América, desenvolviendo en sí el sexto sentido o sea el de la "Videncia".

Las siete predicciones que dejamos escritas, no se pueden todas tomar a la letra, sino que es necesario desentrañar su espíritu de verdad de su lenguaje simbólico y alegórico.

Uno de los signos notables de la guerra actual, es la destrucción de los templos por el cañón y el fuego.

El año indicado para la terminación de la guerra—1919—se halla en varias profecías y en las conferencias de varios ocultistas.

Si pensamos en el tiempo que va a necesitar el gobierno ruso para reorganizar su ejército y el tiempo que van a necesitar los Estados Unidos de América para organizar, instruir y transportar a Europa cuatro o cinco millones de soldados, no se podrá dudar de que la guerra termine en 1919.

En el invierno, tanto en Rusia como en Francia, sabemos que no se puede combatir como es necesario hacerlo para triunfar, derrotando completamente al enemigo.

Las centurias de Nostradamus predicen hambre y peste. Por hambre ha muerto ya mucha gente en territorio francés ocupado por el ejército alemán, como ha muerto en los Balcanes. Los hombres de mente superior, como Wilson en América y Lloyd George en Inglaterra, presienten ya el hambre en sus patrias y toman medidas de precaución para evitarlo.

La peste vendrá con la llegada del próximo verano en Europa, después de grandes batallas, con los cadáveres insepultos.

En esta guerra, los ocultistas y todos los teósofos de mente elevada, no sienten odios porque saben que todos los que toman parte en ella son misioneros de las fuerzas que gobiernan el mundo. En esta guerra podría repetirse la frase célebre del general Urquiza en el Cerrito de Montevideo: "No hay vencidos ni vencedores", pues unos trabajan y luchan por el derrumbe y la destrucción del mundo viejo; y los otros combaten por el nacimiento de un mundo nuevo.

Guillermo II cumple su misión macabra de destruir y de matar, pues él es ese personaje misterioso de que nos hablan los libros del Catolicismo Romano: es el Antecristo que debía venir, y que ha venido a cumplir su misión.

Los acontecimientos humanos no son obra de la casualidad, pues esta palabra no existe sino en el diccionario, y de ningún modo en los hechos transcendentales que el mundo contempla hoy con horror.

Kerensky, en Rusia, es un misionero, como lo fueron en la Argentina: Mitre, Sarmiento, Avellaneda, y como lo fueron también San Martín y Bolívar en la América del Sur y en la Central.

Los teósofos saben quiénes fueron esos hombres en su anterior existencia. Vinieron al mundo de las formas con una misión, como vinieron los Girondinos a Francia para su gran revolución de 1789.

Los tronos de la Europa van a caer, como un castillo de naipes, uno después de otro, para dar lugar al gobierno de la democracia socialista. El derrumbe va a ser completo. La huelga actual de España es el comienzo de una gran revolución que va a incendiar iglesias y conventos, sentando las bases del gobierno del pueblo por el pueblo.

Están ya acumuladas las fuerzas de lo Alto que deben actuar, y los hombres que deben dirigirla tienen ya designada su misión.

La victoria de las fuerzas blancas en los planos superiores va a tener su repercusión en la tierra, pues aquéllas están representadas en ésta por la Francia, Gran Bretaña, Rusia, Estados Unidos e Italia.

La mayoría de los sacerdotes católico-romanos, incluso el Papado, son germanófilos, no por simpatía por la Alemania, sino por su aliada el Austria, poderoso sostén de su iglesia, y también porque sienten que la ola revolucionaria va a traer profundos y fundamentales cambios en la religión y en el Papado, para preparar la próxima venida de un Gran Instructor Espiritual, quien debe fundar una nueva religión, única, para todos los pueblos de la Tierra.

El mismo nombre oculto del Papa actual, Benedictus XV, anuncia ya aquellos cambios. "Religio Depopulata" quiere decir "Religión Desierta", y es éste el nombre oculto de Benedictus XV, según la conocida profecía de San Malaquías, la que se ha cumplido siempre respecto de las Papas.

El mundo marcha llevado de la mano por los Directores de Humanidades, como nos lo enseña la Sabiduría Antigua, pues esos elevados seres que han renunciado al Nirvana y que el mundo teosófico conoce bajo la denominación de Nirmanakayas, tienen por misión el ayudar a la Humanidad en su evolución.

La revolución en España será más sangrienta que la de Francia de 1789, dadas las modalidades y el estado moral de ese pueblo, donde el catolicismo romano tiene hondas raíces.

A la revolución rusa ha seguido la española, y a ésta seguirá otra y otras, sucesivamente, a medida que se vaya intensificando la guerra y sus horrores, y que los resplandores del incendio vayan poco a poco despertando la conciencia dormida de los pueblos.

Y ahora hablemos de las consecuencias de estos graves acontecimientos con respecto a la República Argentina.

Aquellos a quienes la suerte (su karma) les haya conservado la vida, no podrán soportar el peso formidable de los impuestos a pagar para cubrir el servicio de intereses y amortización de la deuda colosal que va a pesar sobre los pueblos de la Europa, y una emigración de capitalistas vendrá a levantar su hogar en nuestro suelo al amparo de las garantías que acuerda nuestra constitución a todos los extranjeros que habitan en tierra argentina.

Este poderoso contingente de fuerzas vivas y reproductoras fomentará el progreso, la riqueza y el engrandecimiento de la República.

Preparémonos a recibir a nuestros hermanos de Europa, y en este caso corresponde al gobierno el preparar, medir y deslindar las tierras que esos peregrinos necesitan ocupar, y en las cuales arrojarán la simiente de nuestra futura grandeza.

LOB NOR.

¿VIÓ?

He contado la historia de Waldo Carter a algunos de mis amigos. Cada uno me ha dado una respuesta característica y diversa de las de los demás, a la pregunta con que yo daba fin a mi relato: ¿qué habría hecho "usted"?

Orr, por ejemplo, cuya fuerza física y mental le han hecho triunfar en los negocios, me dijo:

—Carter era un tonto, un hombre débil frente a una mujer.

Esperaba eso de Orr, quien probablemente será algún día un tonto a causa de una mujer como suele ocurrir con esos "hombres fuertes".

—Un caso de perfecta cobardía; no permitiría que nadie dijese algo semejante "de mí". Esta fué la opinión de Tonnay Hereford, un joven muy fácil de exaltarse, que tal vez estaba pensando en "la muchachita mejor del mundo", con quien se casará el mes que viene.

En cambio Twombley, que reduce la vida, la muerte y todo lo demás a un juego, se encogió de hombros. (En los últimos tiempos Twombley no había tenido suerte en la Bolsa).

—¡Bah! La suerte a veces se pone a jugar con las barajas de un pícaro que no quiere hacer las cosas por sí mismo, mientras que yo...

Pero los contratiempos de Twombley nada tienen que ver con nosotros.

Esta es la historia:

El comienzo es vulgar. Carter era administrador de la compañía y tenía sus oficinas en la ciudad. Fué llamado al lugar de las minas con la esperanza de que podría solucionar la huelga. Todo lector de los diarios recuerda, sin duda, lo ocurrido en Lonestake. Fué un asunto de desagradable gravedad hasta la llegada de Waldo Carter.

Llegó a las minas un día más tarde, es verdad, por lo que fué censurado en los diarios. Pero también es cierto que su energía física o moral — no quiero decir cuál en razón de lo que sigue — evitó un conflicto que pudo haber causado derramamiento de sangre y enormes pérdidas materiales.

Era yo amigo de Carter. Vivíamos cerca. Nuestras mujeres se visitaban. Le vi esa misma noche, cuando se dirigía a su casa para cambiar de ropa, pues debía partir en uno de los trenes del anochecer para trasladarse al lugar de la huelga. Esa misma noche los huelguistas, creyendo que la ausencia del administrador significaba que se había desechado todo propósito de arreglo, incendiaron las oficinas y los depósitos de la compañía.

Carter se cambió apresuradamente de ropa. No tenía tiempo para cenar. Se proveyó de un buen revólver; dió un beso a Marjorie, su esposa, y salió. Bajaba la calle, en dirección a la estación y volvió la cabeza: en el balcón estaba Marjorie; agitaba la mano en cariñosa señal de adiós y Carter le devolvió el saludo.

Sin duda no permaneció mucho tiempo en el balcón. Apenas Carter desapareció de su vista, corrió al teléfono.

Para decirlo en pocas palabras, Marjorie Carter era una personita de las que se dice que son "todo corazón", y, como tales, desbordantes de "novelería". Se había casado con Carter—que era, lo admito, bastante negligente en cuanto a esos refinados sentimentalismos que tanto agradan a una mujer—antes de que la experiencia de la vida hubiera apaciguado su espíritu novelero. Era ciertamente linda, y lo bastante intelectual como para ser peligrosa en algunos casos.

Corrió, pues, al teléfono y preguntó por... Hamilton Gray, un ocioso pisaverde, fulminador de corazones y servidor particular de señoras casadas.

En todas las ciudades hay algunos de estos tipos, cordialmente odiados por los hombres, despreciados por la mayor parte de las mujeres y temidos deliciosamente por algunas tontas románticas que gustan flirtear con cierto peligro.

Supongo que Marjorie entró en relación con él por ese mismo incentivo que atrae peligrosamente a muchas mujeres: el deseo de jugar con fuego. Todos nosotros habíamos notado esta relación, todos menos Waldo Carter. Y hasta habíamos llegado a criticar a Marjorie, cuando nos ofrecía tan buen bocado para nuestras charlas...



Supongamos lo que se dijeron por teléfono: Waldo no está en casa esta noche... ¿Cenar fuera de casa?... ¿En lo de Sherry?... ¡Espléndida idea!... (Pero los detalles no nos importan en lo más mínimo).

Nada notable ocurrió durante la cena. Supongamos, si queremos, que Hamilton Gray estuvo esa noche más arriesgado que de costumbre, en sus sugestiones veladas, que se permitió miradas más atrevidas y que Marjorie Carter se defendió con las armas de una alegre cháchara, tal como las mujeres saben usar con exquisita habilidad.

Entre tanto, Waldo Carter había regresado a su casa. Perdió el tren—por lo menos así dijo después a Marjorie. Halló la sala en una semiobscuridad; sólo una lámpara, de luz baja amortiguada por la pantalla daba en un rincón un foco de suave claridad.

Carter estaba cansado. Se acercó a la chimenea, revolvió las brasas y luego se dejó caer en un gran sillón al lado del fuego. Se sentía intranquilo. Quién sabe lo que podría sobrevenir con la huelga.

Cambiaba de postura en el asiento, buscando comodidad ya que no serenidad mental. Algo le molestaba en un costado. Era el revólver. Sacó el arma del bolsillo y la colocó con el caño hacia afuera en el brazo del sillón, a su derecha.

Y supongo que Carter se durmió "realmente".

Era ya cerca de las once cuando Marjorie y Hamilton Gray regresaron a la casa y entraron en la sala. La tenue luz de la lámpara apenas permitía discernir los objetos. En la chimenea las brasas resplandecían con breves llamaradas postreras.

De pie, Marjorie acababa de desabrocharse el tapado y con un leve movimiento de los hombros lo dejó caer a sus pies. Hamilton Gray, a su lado, esperaba ese instante: la tomó en sus brazos y la besó apasionadamente en la mejilla, en la frente, en los labios...

Marjorie, sorprendida de pronto, apenas pudo resistir. Pero la reacción que semejante situación provoca en una mujer honesta — y ella era una mujer honesta —se impuso. No gritó, no trató de desasirse, y aun junto a Gray, exclamó:

—No, Hamilton, no debe...

No pudo decir más. La frase quedó de pronto trunca en sus labios paralizados.

Los dos debieron haber visto al mismo tiempo. Las moribundas brasas, como exaltadas por una súbita energía, brillaron con una claridad que iluminó, fugitiva, una mano, blanca como la de un espectro, nítida sobre la tapicería y apoyada en el brazo del sillón. Se alzaron luego ligeras llamas que proyectaron reflejos siniestros, destacando las líneas de un revólver con el cual los pálidos dedos de la mano parecían jugar nerviosamente.

Inmóviles, fascinados, uno junto a otro, uno en brazos del otro, percibieron el cuerpo de Waldo Carter.

—¡Waldo!—exclamó Marjorie—y fué la única palabra que pudo pronunciar y en el silencio terrible que siguió sólo se oía la respiración espasmódica de Hamilton Gray.

Así, inmóviles, permanecieron por un instante que les pareció eterno, un instante de muchos siglos, tensos los nervios, contraídos los músculos, fijas fatalmente las miradas.

Las brasas se extinguían. En la obscuridad ya no veían el cuerpo reclinado en el sillón. Pero en sus imaginaciones veían que la mano pálida levantaba el arma, lentamente en la sombra y lentamente apuntaba. ¿Cuál de los dos sería el primero?

Brillaron unas últimas llamitas y a sus breves resplandores rojos y amarillos parecía que la mano pálida agarraba el arma y la dejaba, perpleja, ya la empuñaba, ya la abandonaba.

Y Gray hizo entonces lo que suelen hacer los individuos como él. Pasado el momento del primer terror, corrió hacia la entrada, sin sombrero y sin guantes, y desapareció.

Su fuga pareció librar un momento a Marjorie de la visión terrible:

—¡Perro!—exclamó sordamente.



Waldo Carter no hizo ningún movimiento. La mano seguía empuñando el revólver.

Ningún ser humano habría podido resistir por más tiempo el martirio de esa espera frente a la muerte que está por partir de la mano de la Venganza. Marjorie quiso hablar. Sólo sonidos inarticulados había en su garganta. Al fin, exclamó:

—Mátame, Waldo, ¡pronto! ¡No puedo más!

Los pálidos dedos parecían contraerse sobre el revólver. Ella cerró los ojos, y esperó. El silencio otra vez. Se atrevió a mirar: el cuerpo reclinado en el sillón estaba quieto.

—¡Por favor, Waldo, mátame de una vez!

Carter continuaba inmóvil.

Y he aquí que Marjorie, deshecho su terror en una crisis de llanto, corrió a arrojarse a los pies del hombre sentado en el sillón y hondos sollozos sacudieron su cabeza entre las rodillas de ese hombre.

Carter hizo un movimiento. Se incorporó con lentitud extraña y se pasó las manos por los ojos y la frente, como si despertara de una terrible pesadilla:

—Debo haber estado dormido...

Pareció despertar por completo y prosiguió:

—Sí; me quedé dormido junto al fue...

Sintió, más bien que vió, a Marjorie arrodillada y sollozando:

—¿Qué hay, querida, qué hay? ¡Oh! No me extraña que te hayas asustado. Estaba aquí sentado con esto en la mano... "No me extraña" que te hayas asustado.

Y empezó a acariciarle los cabellos. Los brazos de Marjorie le rodearon el cuello y la cabeza de la joven cayó en su hombro, sollozando. Pero esta vez era de felicidad. Las palabras de Carter como milagroso alivio habían desvanecido la tragedia en su corazón. Fué una pesadilla, ciertamente. Waldo, el Waldo de siempre, bonachón e inocente, había estado dormido.

Se sentaron juntos, silenciosos, en el sillón, hasta que el fuego se apagó. Por fin, en la obscuridad, Marjorie, se levantó, llegó hasta el medio de la sala y sin ruido alzó el tapado que había dejado caer de sus hombros, en seguida de entrar, y se dirigió a su habitación. Con esto terminaba la pesadilla.

Carter también se levantó lentamente del sillón; bostezó, se desperezó y empezó a pasearse por el salón. Cerca de la puerta que daba al vestíbulo había una ventana. Carter tomó algunos objetos de encima de la mesa—una rápida ojeada le indicó que Marjorie no lo veía—y los arrojó por la ventana.

Y esos objetos eran el sombrero y los guantes de Hamilton Gray.

Después de haber guardado el tapado regresó Marjorie, radiante el rostro de felicidad. Junto a Carter le miró en los ojos y vió en ellos, por primera vez, todo lo que el amor significaba para él. Suspiró feliz.

—¡Oh, mi grande, bueno y adorable muchacho,—dijo—me parece que empieza nuestra luna de miel.

Verne HARDIN PORTER.

Dib. de Holmberg.

Otra revolución radical

Uno de nuestros pequeños clientes de mostrador, penetró en nuestro convento, todo sofocado, para vociferar a voz en cuello:

—*¡Estalló, don, estalló!*

—¿Qué cosa? —inquirimos alarmados hasta más allá del caracú.

—*¡La regolución!*

—¿Revolución?... ¿Contra quién?... ¿Dónde y cuándo?...

—*Reciencito, ¿sabe?, y aquí no más, a un paso del* FRAY MOCHO. *¡Palabra, don! ¡Se lo juro por mi mama, se lo juro! ¡Pronto, diga! ¡Y avísele al fotografista, avísele! Aquí no más, cerquita; en la calle Defensa, están acomodando los cañones, están. ¡Si viera qué boca tienen, si viera!... ¡Son así, de grandes, son! Y son ellos, los que arman la regolución.*

—¿Quiénes, "canilla"?

—*¡Los radichetas, los! ¿No los manya usté, no?...*

—¿Contra quiénes?

—*Contra el "Pajarito de Polenta", contra, y también, dicen contra un tal don Quartino, del D. E.*

—¿Qué D. E., "canilla"?

—*¡No sé! Dicen del D. E., dicen. ¡Si viera qué boca tienen los cañones, si viera!... ¡Son así, son! Parece, ¿sabe?, que esos radichetas de la calle Perú, esos de la comisión municipal, los de la patota de un tal Beiró, se han puesto al frente de la regolución, se han puesto, porque el "Pajarito" ese, no les daba más puesto para sus amigos, no les daba. ¡San Dió, cuánta gente, cuánta! ¡Pronto, diga! ¡Avísele al fotografista, avísele! Hay gente a montone, hay. Uno la hablan en vasco, como lo lechero, y los otro, la parlan en la lengua de Mihanovicho.*

—¿Algún austriaco?

—*¡Sí, austriaco, sí! Le dicen el Bucich, le dicen, al que manda la parada de los que la chamuyan terminando las palabras en vich, una punta, todo de la Boca, todo, y con boina, ¿sabe? ¡San Dió!, cuánta gente, cuánta! ¡Vamo! ¡Apúrese!*

Y nos largamos, a paso redoblado.

. . . .

—Estos cañones se exhibieron en la exposición de los aliados, en Palermo. Si desean sacarlos nuevamente...

¡Tic... tac!

RIMAC.



Después de los primeros tiros. — Beiró (I) alentando a los suyos; (II) soldado del "Regimiento de Sagardúas Pasteurizados", cuyo comando desempeñó el comisionado Imizcoz, y (III) musolino de los tercios de Solari.



Cañón de sitio emplazado por los radicales que responden a Beiró, en la calle Defensa, a la altura del 1200, para bombardear los atrincheramientos de Llambías y Quartino, en el Palacio Municipal, con el concurso de los "Musolinistas" (II) del coronel Solari y de los "Emboinados de la Boca" (I), que comanda el señor Bucich, ex condestable de la marina austriaca.

Los nuevos oficios.—El poeta vinario

Uno de los más acentuados efectos de la crisis, es la intensificación de los expedientes puestos en juego por los comerciantes. Cada uno aguza el ingenio, tortura la imaginación y echa doble cerrojo a la conciencia para aumentar sus ventas y con ellas las utilidades que día a día se van tornando más mezquinas y más esquivas.



Don José Peirano, en cuerpo y alma, sonriente y tranquilo ante la seguridad del triunfo que en su cruzada por la vinificación de la humanidad ha emprendido por el camino de las musas.

Así no es raro que un comerciante, un vulgar almacenero, se sienta poeta o versificador cuando menos y recurra a las musas en demanda de protección para asegurar la prosperidad de su negocio. El vino, que ha dado motivo para que sean escritas tantas cosas y sean hechas muchas más, ha servido de pretexto para que el estro de un ignorado vate despertara.

Mora este verdadero fenómeno de la poesía aplicada, en la esquina de San José y Chile. El frente de la casa en que en democrática mescolanza se codean las mercaderías que componen un almacén de comestibles y bebestibles, está cubierto por grandes cartelones con leyendas que si no acusan una perfecta comprensión de la métrica y demás leyes poéticas, así como gramaticales y ortográficas, demuestran que los destinos de tan especial establecimiento están regidos por un espíritu que no es común entre el pacífico y conservador gremio de almaceneros.

Fuimos a visitarlo, poseyendo el informe de que don José Peirano, el vate vínico, tenía gente en la azotea. Esperamos breves instantes a que terminara de atender una modesta clienta, de a 0.05 por renglón y entramos en conversación a la vera de un vaso de vinete con que nos obsequiara.

—Pero, es que los negocios van mal; no hay plata, fué la primer agachada de comerciante que sabe parar a tiempo los ataques al sucio cajón del mostrador.

Tranquilizado luego, al asegurarse de que nuestra visita no tendría consecuencias financieras en su contra, se explayó, explicándonos el secreto de sus éxitos.

—Mi sistema de propaganda es único en Buenos Aires, nos confió, orgulloso e inmodesto.

—¿Y de resultados?

—¡Ay! amigo; la crisis es honda y persistente y difícilmente se consigue que la gente se deje convencer.

—Pero con sus carteles...

—No crea, no crea. Es cierto que con mis carteles llamo la atención, que la gente se para, los lee, los comenta, los festeja y algunos entran al negocio y hasta prueban mis vinos, pero de ahí a que la venta prospere, señor mío, hay mucho que andar. La crisis, amigo, la crisis.

—De lo que se deduce que la población de Buenos Aires es recalcitrante, resistente a la humedad, como quien dice, pues si con sus panegíricos y ensalmos no decide a que la gente se agolpe a su negocio en demanda del mágico licor que anuncia, es porque en esta ciudad se ha perdido el amor a la poesía, el gusto a las sublimes sensaciones, el amor al prójimo, la afición al vino, el amor patrio, hasta al paladar, ¿no es así?

—Ni más ni menos. Todo se ha perdido...

—Menos las ganas de hacer versos y de atentar a la estabilidad del desprevenido prójimo, tentándolo a que imite al padre Noé, ¿no es cierto?

—Le diré a usted; yo hago versos no precisamente para aumentar mis ventas, sino porque creo que nada condice mejor con el vino que la poesía. ¿No embriaga la poesía, no emociona el vino? Pues, entonces, ¿por qué, dedicándome yo a expender el sublime néctar, no he de hacerlo por medios sublimes también?

Una de las más acabadas obras del poeta vinario; todo un himno báquico, con filetes sentencioso-filosóficos y un toque final al patriótico entusiasmo de los problemáticos clientes.

Los españoles antigermanófilos en la Argentina

Cuando el 14 de julio último se conmemoró en Buenos Aires el aniversario de la toma de la Bastilla, no dejó de causar sorpresa la demostración pro aliados con que un gran contingente de españoles se asoció al citado homenaje, pues se suponía, por ciertos indicios aislados, que la gran mayoría de los hijos de España simpatizaba con la causa de los imperios centrales. De ahí que, cuando la nutrida columna hispana recorrió las calles de la ciudad cantando la Marsellesa y prorrumpiendo en vítores a Francia y sus aliados, las ovaciones que partieran del público que presenciaba el desfile, se hiciesen notar por la particular intensidad con que se repetían al paso de la bandera roja y gualda.

Como es de presumir, esta explosión del sentimiento español no surgió por generación espontánea, sino que se debe en gran parte a la esforzada labor de algunas descollantes personalidades del elemento hispano, y muy singularmente, a la realizada por el conocido periodista Sr. José R. Lence, a quien fuimos a visitar con el propósito de obtener informaciones sobre este asunto.

Lence es un viejo camarada en el periodismo metropolitano, donde se aprecian y estiman sus condiciones de galano escritor, y su sincera y entusiasta amistad hacia la Argentina, en la que reside desde hace largos años. Figuró como redactor de varios órganos porteños y ocupó la secretaría de redacción de "El Diario Español". Ha dado al teatro nacional algunas obras de mérito, y hace varios años que fundó y dirige "El Correo de Galicia", semanario que disfruta de gran prestigio y popularidad entre sus connacionales.

Le encontramos atareado con los últimos toques de una publicación española que en breve verá la luz, y cuando supo el objeto de nuestra visita, nos dijo:

—Mi firme adhesión a la causa de los aliados se manifestó el mismo día que se declaró la guerra. Recuerdo que me encontraba en Rosario, adonde había ido a dar una conferencia, y desde aquella ciudad envié para mi periódico un artículo que era un canto de amor a Francia, y una expresión de inquebrantable esperanza en su victoria.

PARA FRAY MOCHO.

Como hombre cuya progenie es definitivamente latina, mis simpatías han estado, desde el primer momento, con Francia y los pueblos que están a su lado.

Como español no puedo defender, ni siquiera mirar con indiferencia, el hundimiento de buques en que ondea el pabellón de mi patria cuando ellos vienen por cuenta del gobierno con el alimento para sus industrias, y menos, todavía, si esos atentados se realizan en nuestras mismas costas y contra pescadores indefensos. Si hay compatriotas a quienes todo eso no afecta, lo considero un caso de insensibilidad que, de propagarse, llegaría a ser un grave obstáculo para la vida libre de mi país.

José R. Lence



Señor José R. Lence, director del "Correo de Galicia".



Sr. Luis de Villalobos, uno de los iniciadores y actual presidente de "España Liberal", importante institución que está realizando una entusiasta campaña en favor de la causa de los aliados.



Señor Venancio Serrano Clavero, miembro descollante de la "Liga española antigermanófila", asociación cuyos principios concuerdan con los de "España Liberal", y que, como ésta, efectúa una intensa propaganda en defensa de las naciones aliadas.

—¿Participaban muchos compatriotas suyos de esa opinión?

—No me detuve a averiguarlo. Tengo por norma respetar las ideas ajenas, siempre que, en realidad, sean ideas, pero no acostumbro a guiarme más que por el impulso de las mías. Lo que puedo manifestarle es que habían hecho mella en el ánimo de los españoles muchas y muy activas propagandas de carácter germanófilo; y que los propagandistas se ensañaban con Gibraltar y hasta con los restos de Napoleón, para fomentar un rencor absurdo que, por desgracia, encuentra siempre fácil acogida en muchas gentes poco amigas de discurrir por cuenta propia.

—¿Fué usted muy combatido por su propaganda aliadófila?

—Al principio, combatidísimo. He recibido centenares de anónimos injuriosos y amenazadores; llegó a suponerse que yo recibía subvenciones de alguna legación extranjera, y varios amigos que me conocen de cerca, y que eran germanófilos, me miraban con cierto aire de conmiseración, como se mira a todo el que está en grave riesgo de perder el juicio. Hoy se ha reaccionado mucho y el termómetro lo es mi mismo periódico, que nunca se ha vendido tanto como ahora.

—Entonces, ¿se ha modificado el sentir de los germanófilos españoles?

—Naturalmente; y ese cambio de opinión, más que a toda nuestra labor, se debe a los mismos alemanes. Como usted sabe, España acogió con gentileza a los emigrados alemanes expulsados del Camerón, y observó, en todo momento, una leal y caballeresca neutralidad que los germanos retribuyeron hundiendo bárbaramente a varios buques españoles indefensos, y aun a lanchas pescadoras, en aguas jurisdiccionales de España. Los españoles más germanófilos sintieron entibiar sus entusiasmos, porque el cruel latigazo se recibía en la carne propia.

—¿Tiene algún fundamento serio la simpatía de esos españoles hacia Alemania?

—Absolutamente ninguna. Ni por razones históricas, ni afinidades espirituales puede defenderse tal inclinación sentimental; y mucho menos aún si se habla de intereses recíprocos. Una buena parte de la industria española ha sido movilizada por capitales ingleses, franceses y belgas; al mismo tiempo, el comercio de exportación de España, se mantenía en primera línea con Francia, Inglaterra y Bélgica, y, en estos últimos años, con Italia, en cuyos mercados, los productos de ambas naciones, iban cobrando día a día mayor expansión comercial. Con Alemania apenas si se comerciaba y en los últimos tiempos este intercambio era desfavorable para España, ya que ésta compraba mucho más que vendía a aquel imperio.

—¿A qué supone usted, entonces, que se debe esa simpatía de muchos españoles por los imperios centrales?

—Vea: en estos casos, hay que hablar con entera franqueza. Por culpa de los gobernantes españoles, mi patria lleva largos años de estéril y doloroso aislamiento internacional. Ni la tragedia del 98 sirvió de enseñanza provechosa para unir la suerte de España a la de aquellos pueblos que marchaban a la vanguardia de la civilización.

Así la sorprendió esta guerra, desorientada y sin rumbo en el aspecto exterior, y en completa desorganización en cuanto afecta a sus asuntos de carácter interno. Muchos de mis compatriotas, achacan tal estado de cosas a la perfidia de Inglaterra y a la mala fe de Francia, suponiendo que a estos pueblos se debe la decadencia de España, y lo único que hay de cierto es que los hombres dirigentes de aquellos países supieron engrandecerlos, mientras que los nuestros trabajaron de consuno para todo lo contrario.

—¿Es muy poderosa la corriente germanófila dentro de España?

—Son germanófilos la mayor parte de cuantos pertenecen a los partidos reaccionarios, por odio a la Francia democrática y a Inglaterra, paladín esforzado de todas las libertades humanas; el clero en su casi totalidad, y una buena parte del ejército. En cambio, están al lado de los aliados los hombres más eminentes en todas las especulaciones del saber y los espíritus libres de todos los partidos avanzados y de tendencia moderna.

—¿Cómo cristalizaron los españoles de aquí sus simpatías por los aliados?

—En una institución denominada "España Liberal" cuya iniciativa se debe al señor Luis de Villalobos, hombre de gran cultura y de muy grandes entusiasmos. Formo parte de esa institución, al lado de algunos argentinos hispanófilos que ven con cariño este movimiento.

—¿Tiene "España Liberal" un determinado carácter político?

—No, señor: allí se congregan cuantos anhelan en esta guerra el triunfo de los aliados, que es el triunfo de la Libertad y del Derecho; porque España está interesada en esta victoria, de la cual ha de surgir una nueva orientación de los destinos humanos, y porque el triunfo de los imperios centrales supondría la imposición de una esclavitud, de la cual tampoco mi patria podría librarse. Así conviven en "España Liberal" hombres de diversas ideas, desde los republicanos y socialistas, hasta los que, como yo, creen firmemente en los destinos de una España monárquica, pero de una monarquía amplia y democrática que, a semejanza de la inglesa y la italiana, llame a compartir las responsabilidades del poder público a los hombres de todos los credos políticos y de todas las ideas, aun las que aterran a muchos monárquicos doctrinarios y arcaicos.

50.000 $

Está invirtiendo el Comité Secreto Germanizante en la organización de la próxima manifestación neutralista, que se pretende sea simultánea en todas las capitales de la república.

ALERTA LOS ESPAÑOLES DE BUENA FE

ESPAÑA LIBERAL

Uno de los volantes que "España Liberal" repartió al público en la última semana.

Y Lence, que se había expresado con sinceridad infantil y vehemencia de convencido, puso punto final a sus palabras, mostrándose tranquilo y satisfecho.

Cuando al principio de la bárbara contienda, la cobardía ambiente ahogaba la expresión de las ideas, surgió el gesto de este periodista proclamando valientemente de qué lado estaban la justicia y el derecho; y a través de luchas y odios entre sus propios connacionales, Lence, no sólo ha mantenido enhiesto el estandarte de su prédica, sino que ha contribuído en alto grado a despertar la opinión de gran parte de la colectividad española, que hoy se orienta en los mismos principios que él defendiera.

Difícil ha de ser que la tendencia opositora en lucha logre contrarrestar el movimiento tan vigorosamente iniciado, aunque se valga, como dice Lence, de viejos argumentos históricos basados en la guerra napoleónica, la posesión de Gibraltar, etc., pues es seguro que el sentimiento español, hidalgo por excelencia, nunca ha de pronunciar su fallo apoyándose en rencores hacia los que ayer fueron sus enemigos, ni inclinándose tampoco frente a circunstancias que pudieran redundar en beneficio propio, sino inspirándose en los más rectos y nobles ideales de justicia.

J. de R.

La marina mercante norteamericana

Brillante renacimiento

"Necesitamos barcos, de acero o de madera, con tal que puedan cruzar cargados de mercaderías el Océano. El precio es un asunto secundario". Tal es el pensamiento fijo de los que rigen los destinos de los Estados Unidos.

Y tienen razón. ¿Cómo fijarse en el precio, cuando un barco de menos de 5.000 toneladas, tras de haber luchado durante más de veinte años con la furia de los mares, ha sido vendido, según comunica el Lloyd's de Londres, en más de $ 1.350.000.

Y aun no puede considerarse el del "Miaolis" un caso excepcional, si se compara con el del barco alemán "Walküre", apresado por un crucero francés al principio de la guerra, e internado en un puerto de Tahiti.

Dos buques de la escuadra del almirante Von Spee, al intentar recobrar la presa, bombardearon a Papeiti, la capital tahitiana, cayendo algunas granadas a bordo del "Walküre". El hombre que estaba encargado de éste, a fin de evitar que sufriera mayores perjuicios, ordenó abrir las válvulas, y el barco se hundió.

Próximo a cumplirse el año del hundimiento, una empresa americana se encargó de ponerlo a flote, llevarlo a San Francisco, hacer en él las reparaciones necesarias, y venderlo por la cantidad de $ 1.650.000. Y aun se susurró en los círculos marinos, que los que pagaron dicha suma supieron emplear bien su dinero.

Al comenzar la guerra, el tonelaje mundial no excedía de 50.000.000, correspondiendo a los países aliados menos de 30.000.000. Según comunicados oficiales, los barcos hundidos durante los pasados meses de febrero, marzo, abril y mayo, alcanzan al total de tres a tres millones y medio de toneladas, y aun cuando los aliados aumentaran su poder normal de construcción de 2.000.000 a 6.000.000 de toneladas anuales, quedaría un déficit considerable, teniendo en cuenta que llegarían a representar unos 10.000.000 de toneladas los barcos hundidos durante el mismo período, si la campaña submarina continúa desarrollándose con el mismo éxito.

"Más barcos, sin reparar en el precio".

Al calor de esta idea fija se creó el 30 de enero último el "Consejo de Marina de los Estados Unidos", con facultades realmente extraordinarias. Tres semanas después, había desarrollado un plan para la construcción de una marina mercante, que incluía cierto número de barcos de madera. Estos últimos no como posibles competidores de los barcos de acero, sino como complemento.

Por otra parte, la economía de su construcción y el existir muchos astilleros adaptados a ella, venía a resolver un serio problema.

Clark y Eustis, ingenieros de minas, por separado, pero casi simultáneamente, tuvieron la idea de construir una numerosa flota de dicha clase de barcos: mil, o si fuera posible, tres mil buques de madera de 3.000 toneladas cada uno.

"A Alemania le cuesta $ 117.000 cada torpedo aprovechado", decía Clark, después de haber consultado cierto número de estadísticas navales. "Cierto es que un submarino puede llevar de doce a diez y seis torpedos, al salir de su base; pero como por lo menos tres o cuatro no hacen blanco, y el costo de un viaje representa unos $ 500.000, si durante él sólo puede aprovechar un torpedo, estará justificado contra un barco cuyo valor sea de 3.000.000 o más pesos, pero no si el valor es de $ 300.000 o 400.000."

Otra de las razones de Clark, es que diez barcos de 3.000 toneladas transportan lo mismo que uno de 30.000, pero hay la ventaja de que es difícil poder hundir los diez, y además, los diez torpedos necesarios representarían, por lo menos, 1.200.000 pesos.

Existe desde luego el hecho, apenas conocido, de que escasamente un dos por ciento de los hundimientos son debidos a la acción del torpedo. Los cañones hacen la mayor parte. Pero como al fin la exposición del submarino es la misma, y el resutado es hundir un pequeño barco de madera, es indudable que vale la pena el experimento.

Después de infructuosas tentativas cerca de varios banqueros conocidos, Clark y F. A. Eustis, se encontraron en Wáshington. Ambos están actualmente trabajando para el gobierno de los Estados Unidos. El sueldo que se han fijado es de $ 1 anual, que es la cifra mínima que permite la Ley de Trabajo.

El general Goethals, constructor del Canal de Panamá, está también empleado por el gobierno. El presidente Wilson le encomendó la parte técnica de la contrucción, señalándole un sueldo de 120.000 pesos anuales, pero él no ha querido aceptar más que $ 35.000.

Aun cuando el barco de madera ofrece la ventaja de la economía, el Consejo de Marina parece más inclinado a construir barcos de acero "estandartizados", o sea, con arreglo a un sólo tipo, a fin de obtener el máximo de producción. Esto no quiere decir que se abandone por completo la construcción de buques de madera, puesto que dadas las tarifas de transporte actuales, uno de éstos, dotado de motores a petróleo, en lugar de velas, puede pagar su importe en dos viajes redondos.

La poca actividad desarrollada por los Estados Unidos, con anterioridad a la guerra, en la construcción de barcos mercantes de acero, reconocía como causa principal la dificultad de competir con Europa, puesto que según informe de la Comisión de Marina Mercante, hecho en 1904-1905, había un cuarenta por ciento de diferencia en el precio de construcción, en contra de Norte América.

Esta diferencia obedecía no solamente al precio de los materiales, sino a la mano de obra, que resultaba más cara, y a la mayor experiencia adquirida en el incesante trabajo de los astilleros europeos, especialmente en los ingleses, que habiendo "estandartizado" cada uno su producción, les permitía obtener la mayor economía. Solamente los sueldos y jornales, eran dos veces más elevados en los astilleros norteamericanos que en cualquiera de los ingleses.

Pero la guerra ha venido a ofrecer la oportunidad a los Estados Unidos de desarrollar esta industria. Desde luego, no es probable que puedan construirse barcos tan baratos como en Inglaterra, puesto que los sueldos y materiales también han subido en Norte América, pero la diferencia no es tan grande.

Además, dotados los astilleros americanos de los últimos progresos de la mecánica, y con una organización más práctica y efectiva, adoptando "tipos" de construcción, y teniendo en cuenta que el obrero mejor pagado da más rendimiento, es indudable que al finalizar la guerra, los Estados Unidos serán un digno rival de Europa en tan importante rama de la industria.

Pero aun esto no resolverá el problema de la marina mercante norteamericana, puesto que quedará el factor del entretenimiento. Actualmente se da el caso de que en el comercio internacional del Océano Pacífico, un marinero americano, aparte de la mejor alimentación, gana $ 100 mensuales, en tanto que un japonés o chino solamente de $ 20 a $ 25. En último extremo, podrán apelar las compañías a emplear tripulaciones extranjeras, puesto que la ley no exige que la marinería se componga de ciudadanos de Norte América. Mas durante la guerra esto no constituye ninguna dificultad, puesto que las utilidades son tan grandes, que la diferencia de sueldos de la tripulación no vale la pena tomarla en cuenta.

Por el momento, una febril actividad se nota en todos los astilleros norteamericanos. Solamente en los alrededores de Filadelfia, hay un centenar de barcos en construcción, que representan más de 530.000 toneladas, que no tardarán en surcar los mares. Y el total de los que, en los diversos astilleros de los Estados Unidos, se hallan en parecidas condiciones, suponen 2.250.000 toneladas aproximadamente.



Se habla de un "dominador del hierro" que ha sido un verdadero genio en la construcción de cañones y armamento, y ha prometido entregar cien buques de 10.000 toneladas cada uno en un plazo de diez y seis meses.

Entrevistado por un periodista, declaró:

"Yo creo que aún podremos hacer mejor las cosas. Creo posible que, a los seis meses de firmar un contrato, podré entregar un barco "tipo" de 9.000 toneladas; después, se podrá entregar un barco similar cada veinticuatro horas, durante un período indefinido."

¿Podrá esta promesa cumplirse?

La excitada curiosidad del periodista pudo comprobar que en el interior de aquellos astilleros trabajan actualmente 4.600 hombres.

Son enormes edificios de hierro de unos doscientos pies de ancho, ciento cincuenta de alto y cerca de dos mil de largo.

Aún más: los astilleros modernos están cubiertos, a fin de que ni el tiempo ni las estaciones puedan influir en la marcha de la construcción.

Estos astilleros pueden alabarse de construir sus barcos por sí mismos, disponiendo hasta de talleres para los adornos y muebles de sus camarotes.

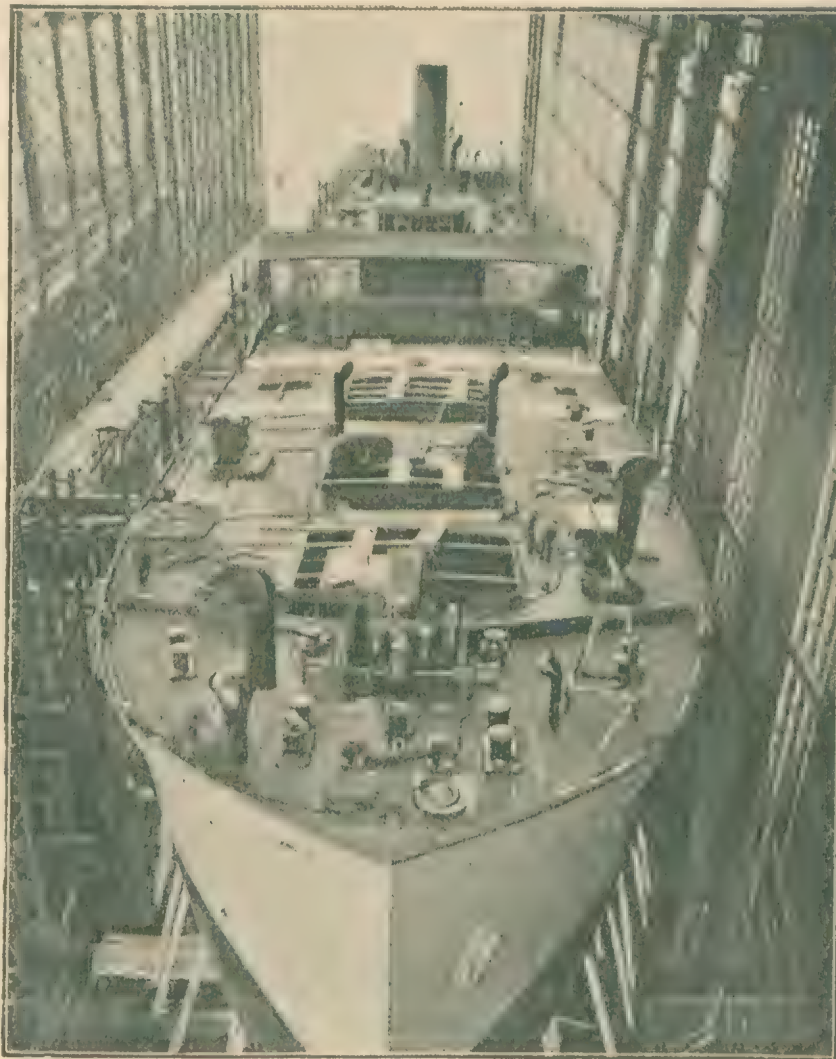
El problema de hallar personal apto para estas construcciones, no ha de ser muy difícil para los Estados Unidos.

Al empezar la guerra, trabajaban en los astilleros unos cuarenta mil hombres, cifra que se eleva en la actualidad a sesenta mil.

De acuerdo al plan del Consejo de Marina, se necesitarán próximamente 150.000 obreros. Y el director del que es, quizá, el mayor de los astilleros norteamericanos, dice que no será difícil encontrarlos entre los constructores de puentes y rascacielos. "Todo lo más, tres meses de entrenamiento son suficientes para convertirlos en operarios aceptables, y a los seis meses llegarán a ser excelentes obreros, y nosotros estamos dispuestos a hacer la prueba, aun cuando tengamos que abrir una escuela especial por nuestra cuenta".

Aun cuando Norte América no obtenga otra utilidad material de esta guerra, se encontrará al final con una poderosa marina mercante propia, que le permitirá defenderse de la dura competencia comercial, y que llevará bajo la propia bandera sus productos e ideales hasta los más apartados rincones de la tierra.

Lo que sería de desear es que el horrible estado de cosas actual terminara cuanto antes, y que en el futuro no estuvieran jamás expuestos a la brutal destrucción los resultados de la energía, la inteligencia y el esfuerzo humano.



Construcción de un barco de gran tonelaje, en uno de los nuevos astilleros cubiertos.





Un viejo de los bosques andinos cuya corteza va desapareciendo con los siglos.

Los gigantes milenarios de las selvas andinas

Las buenas gentes de la selva, que viven a la sombra de las sequoias gigantes, allá en la América del Norte, han adquirido la extraña costumbre de dar el nombre de sus próceres a esos árboles que por su altura y corpulencia se presentan dignos de ser llamados Washington, Lincoln, Adams u Horacio Man. Y así, cuando se dan cita para cualquier charla, correría o riña, se dicen con toda naturalidad: "nos veremos al pie del Edgardo Poe a las ocho de la noche."

Todos saben allí, cuál es, entre los millares de ejemplares aquel que se llama Poe, precioso gigante que puede ser atravesado por una perforación capaz de dar paso a un carromato en cuyo techo va el equipaje de los viajeros.

Muchas veces, al contemplar los coigües que constituyen los bosques antárticos de nuestros Andes patagónicos, aquellas esencias forestales olvidadas al pie del Tronador en el Río Negro o del Olivaia en el canal de Beagle, hemos pensado en esta hermosa costumbre, hija del espíritu práctico de aquellos hombres que rinden verdadero homenaje de admiración a los colosos del bosque al darles el nombre de esos otros colosos, con lo cual obligan a reconocer las sutilezas de su cultura.

En Misiones se voltea un cedro para extraer de su interior las provisiones de las abejas meleras; en Formosa, como en el Chaco, una palma para comer su cogollo, y se queman los bosques del Sur cuando se quiere mejorar los pastizales.

Esto es doblemente lamentable porque si hay una riqueza nacional que debe ser rigurosamente atendida más que por el ministerio de agricultura por los mismos particulares, es aquella de las regiones australes en que los incendios, provocados unos por los rayos tan frecuentes en aquellas montañas, otros por la barbarie de más de un poblador, obliga a reconstruirla casi en la mitad de su extensión.



Restos de un coigüe secular de las orillas del lago Mascardi, en el territorio del Río Negro, tronchado por el viento.

Adivínanse allí esas magníficas muestras de la naturaleza casi totalmente destruídas y es verdadera sensación de horror la que produce el espectáculo de las montañas del Neuquen, Río Negro o Chubut recubiertas de troncos carbonizados unas veces, otras blanqueando en la distancia, como si los incendios se hubieran ido alcanzando unos a otros. Junto a la quemazón reciente, entre cuyos restos crecen arbolitos de cuatro o cinco años, se descubre la que ha sido ocupada por árboles que tienen ya más de ochenta años, triste demostración de que este vicio patagónico es crónico cuando se trata de fuegos producidos por los pobladores e inevitable cuando los fuegos se desarrollan como consecuencia de las descargas eléctricas.

No queda, entonces, más que la lucha contra los mismos hombres, y ésta, se nos ocurre, debe tener muchos recursos. Si los defectos se corrigen con el ejemplo de las virtudes, esa costumbre de dar nombres ilustres a los árboles venerables debe ser de aplicación conveniente en aquellas regiones habitadas por numerosos individuos llamados "intrusos", debido a que ocupan las tierras fiscales sin más título que un boleto extendido por empleados del ministerio de agricultura.

Estos hombres, en su inmensa mayoría, pacen sus haciendas en las vegas o mallines, como llaman a los pastizales, y alzan sus chozas al abrigo de los coigüe, cipreses, alerces y radales.

Los hay que pagan al fisco dos y tres mil pesos por un solo permiso, y otros, que al instalarse en aquellos lugares han ido mejorando sus construcciones hasta convertirlas en pintorescos hogares. Viejos y olvidados viven allá lejos, sin más vinculaciones que las de su estrecho círculo, aferrados al microcosmos que se han forjado, sin que llegue jamás para ellos el estímulo que da la vida cuando es más amplia.



Nothofagus antarctica, de las selvas patagónicas, que muestra la fuerza de los vendavales de la región.

Ante este hecho, cabe pensar: en el bosque habitado por uno de esos viejos pobladores se alzan coigües o araucarias que alcanzan extraordinarias dimensiones. Allí, en la misma Bariloche, se ve ese ciprés admirable. Aquella fué la tierra de Schaihueque, ¿por qué no eternizar el concepto poético dándole el nombre del célebre indio? Mas al norte, por qué no rendir merecido homenaje a la memoria de don Alonso de Ercilla dando el nombre de Lautaro, Caupolican o Colocolo a las araucarias más notables? Y cuando, desde el Neuquen hasta la Tierra del Fuego hayan sido considerados esos árboles como lo que son, verdaderos monumentos de la vida, ¿por qué no eternizar la memoria de los viejos pobladores colocando placas en los más hermosos, en las que se lea su nombre?

¿Quemará el bosque un "intruso" nacido en él cuando recuerde que está el nombre de uno de sus antepasados en esa placa o trazado en la corteza con el cuchillo del montaraz? ¿Verá indiferente la columna de humo el antiguo poblador a quien la Oficina de Bosques del ministerio de agricultura o la Sociedad Forestal hayan dedicado un árbol? Dentro del positivismo de la vida, estas ideas parecen líricas. Pero, cuando se recuerda haber leído en las páginas de un sonado personaje la declaración lisa y llana de que incendió un bosque para gozar con el espectáculo de la fogata, confesión propia de un degenerado, cuando se ha visto que el sistema de permitir la ocupación con carácter precario, si bien disminuye en mucho las quemazones no es suficiente debido a que el personal con que cuenta el gobierno es insignificante, cuando en los ojos del intruso" se ha leído lo que piensa a la vista del fuego que le promete buenos pastizales, bien se puede creer que ha llegado la hora de recurrir también a la vanidad de los hombres a fin de salvar los árboles... ¡los pobres gigantes que se están quemando!



Cipreses gemelos de las orillas del Mascardi.



Ejemplar de casi diez metros de circunferencia de un ciprés probablemente milenario, de Bariloche.





—¡Ay!, con este viento se me deshace la onda...
—Estás bien, Julieta; no seas presumida.

El bello sexo en los fields



Tres fervientes adoradoras de las proezas del Racing. —Llegamos a tiempo. Todavía no han empezado a jugar...

Del mismo modo que "cada comarca en la tierra tiene un rasgo prominente", según lo dijera el poeta en una de sus más difundidas producciones, cada club de football, o mejor dicho, cada team, tiene su "barra característica".

Aquellos que no siguen de cerca el desarrollo del campeonato, por irreductible antagonismo hacia el llamado "gran deporte nacional", o los que se enteran de las incidencias de cada partido, únicamente por las crónicas de los diarios, podrán convencerse de lo exacto de la afirmación, con sólo instalarse en la tribuna de un field donde se dispute un match. No habría necesidad de aconsejarle a nuestro hombre que viese, por ejemplo, cómo Racing e Independiente luchan por los dos puntos reglamentarios o en qué forma Boca Juniors y River Plate consiguen la victoria que ha de consagrarlos "campeones de barrio", porque ello sería recurrir a una prueba demasiado convincente.

Bastaría con aconsejarle que asistiese a un partido entre Tigre y San Lorenzo de Almagro, y habríamos conseguido demostrar lo que nos proponíamos: la existencia de una barra, fanática o no, por cada uno de los clubs de football. Y esa es precisamente, una de las características salientes del difundido sport, tan saliente, que contribuye en la casi totalidad de los casos, al clásico bochinche de práctica desde la "simple invasión del field", hasta el pugilato común entre público y jugadores, matizado, para mayor variedad, con argumentos tan temibles como una daga de 25 centímetros de largo o un revólver, de cualquier calibre, listo para entrar en funciones o "disparar", conjuntamente con su dueño...

Convengamos, que, sin quererlo, vamos dando a esta nota un cariz trágico, que de proseguir en este tren, ha de malograr por completo nuestros propósitos. Es el caso que no deseamos referirnos a la "barra bullanguera", "inquieta", "provocadora" y "peligrosa" de los fields. Queremos hablar de otra, mucho más amable, más simpática y sobre todo de un carácter completamente distinto. Aludimos, desde luego, al bello sexo, cuya presencia en las canchas de juego constituye un detalle muy digno de tenerse en cuenta.

Queda pues, así expresado, que a las chicas les agrada el football y ello no puede extrañar a nadie porque un match ofrece siempre para el ojo femenino, eminentemente observador, incidencias que quizá pasan desapercibidas para muchos. En la actualidad, los clubs cuya sede se encuentra en los grandes centros de población urbana, verbigracia: Racing, Independiente, Huracán, Boca Juniors, River Plate, etc., cuentan a su favor con una respetable barra femenina, muchas veces más entusiasta que la masculina, sin llegar, está de más decirlo, a los excesos que determinan la intervención policial y el correspondiente informe del referee, dando cuenta que después del match sus ojos adquirieron un tamaño que no tenían antes de jugarse el encuentro...



La tribuna oficial para las que no se deciden a presenciar el match junto al alambrado.

Sin embargo, forzoso es consignar, antes de proseguir, que la "barra de chicas" se parece a la de los varones en muchas modalidades. Por lo pronto, es tanto o más "bullanguera" que esta última, al extremo que durante un partido y cada vez que la pelota inocentemente impulsada por algún footballer que equivocó la dirección, sale de los límites del field y se dirige hacia un núcleo de chicas sin fijarse en la irreverencia que puede cometer, se siente unánime y estridente el infaltable grito de: ¡Ay!, ¡ay! en riguroso agudo femenino, que poco después es repetido con sorna por el resto de la concurrencia: ¡Ay, ay, chicas, cuidado, la pelota!...

Igualmente la concurrencia femenina es "inquieta", en mayor grado que la otra, por una razón fundamental e indiscutible: es "femenina", y está dicho todo.

Tampoco puede negarse que sea "provocadora" en esto, sin duda, con una ligera variante respecto a la forma con que la barra masculina ejercita su provocación, pues mientras el sexo feo la emprende con el referee—víctima expuesta a todas las injusticias—con los componentes de los bandos o aún con los propios espectadores, las chicas "provocan" en otra forma, casi siempre a los jugadores, o al elemento masculino del público, pero no con insultos ni con gritos, ni con palabras de grueso calibre, sino con miradas, con sonrisas, en fin, en la forma que cualquier chica, linda o fea, es capaz de "provocar" al más indiferente de los mortales.

Y finalmente, la barra femenina es también "peligrosa", aunque parezca mentira, porque a veces la atracción y la influencia que ejercen en el ánimo de los jugadores los aplausos y las voces de aliento del bello sexo, tienen un efecto contraproducente, es decir, convierten en mediocre o pésima la actuación de un footballer que comenzó jugando bien y que después, poco a poco, y sin aparente causa que lo explique, va declinando hasta convertirse en un elemento ineficaz para el bando cuyos colores defiende.

A pesar de todo, sería insensato considerar a éste como un hecho general y corriente, porque si bien el aplauso prodigado por las chicas suele emocionar a veces al extremo de impedir el menor acierto, reconózcase—y muchos jugadores podrían atestiguarlo—que en otros casos el efecto es maravilloso, tan grande el estímulo y tan intenso el entusiasmo a que da lugar, que esos clubs para quienes su permanencia en la división en que actúan es muy problemática, merced a la ineficacia de sus jugadores, deberían apresurarse a poblar sus fields de esa barra "bullanguera", "inquieta", "provocadora" y "peligrosa", incapaz de motivar un escándalo mayúsculo, pero indiscutiblemente hábil para vencer al más osado con una mirada o una sonrisa...

La rivalidad local, despierta en las partidarias de cada team un entusiasmo sin límites, que a veces llega a convertirse en fanatismo o poco menos. Así, en Avellaneda, Racing e Independiente se disputan el cetro de la simpatía femenina y demás está decir que las admiradoras de uno y otro cuadro siguen el campeonato y las incidencias de la lucha con un interés sólo comparable al que provoca en toda chica, la presencia de una dama ataviada como lo determina el último figurín de riguroso "chic".

Los términos técnicos del football, han llegado a ser para ellas, por virtud de la costumbre y a fuerza de tanto oirlos, palabras corrientes en sus conversaciones, matizadas siempre con el comentario relativo a la última victoria del equipo favorito.

Poco importa que a veces, confundan un "corner" con un "offside", pero lo indiscutible es que saben apreciar el mérito de un triunfo y encuentran siempre la excusa o el pretexto para justificar una derrota. Casi siempre, el bando contrario está constituído por "tramposos" o "el referee es un idiota", pero con rara excepción la culpa recae sobre el verdadero culpable del "desastre". En realidad, para las decididas defensoras de un team, toda pérdida de un match es considerada como un "desastre", que produce el consiguiente fastidio y a veces una contrariedad tan intensa como una decepción de otro orden. Y lo que ocurre con las partidarias de Racing e Independiente, sucede con las devotas de Boca Juniors y River Plate, Huracán y San Lorenzo, etc.

El football no ha escapado pues a la influencia femenina y no sería raro que algún día viésemos a las partidarias de nuestros teams, como se vió en Inglaterra a 22 muchachas disputando un match en pleno field...

Seester THORNE.



Democrática y variadísima "barra femenina", a la espera del ansiado goal del Racing. Doña Restituta dirige a nuestro fotógrafo, una elocuente "mirada de aprecio" en tanto que el agente policial de Avellaneda, cumple sus funciones de "guardián"...

Pacifistas "und" neutralistas

Lanzado al público el manifiesto pro neutralidad argentina, que autorizara con su firma un núcleo de ciudadanos de la capital y del interior, entre los que visiblemente prepondera el elemento católico, surge, con llamativa coincidencia, la manifestación en favor de la paz, realizada el último domingo por la Unión Democrática Cristiana, y a cuyo acto dió determinado sabor político y social la adhesión de varias instituciones religiosas radicadas en la metrópoli.

La exigua importancia que ofreció el mitin, atendiendo la reducción numérica de sus componentes que, más o menos, ocupaban el espacio de una cuadra, no le eximió de que se le tomara en cuenta, como punto de controversia, para que, por parte del público que presenciaba el desfile, se exteriorizaran algunas manifestaciones; y pintoresca, como desde hace algún tiempo lo van siendo ciertas demostraciones en nuestro país, resultó también la que nos ocupa, no pudiéndose evitar que algunos silbidos cortaran irreverentemente los vítores a Alemania, que partían de los manifestantes; ni que varios moquetes y cachetadas, argumentando en momento oportuno, hiciesen entrar en razón a tal cual recalcitrante u obstinado en antiguallas sociológicas.

La nota monocorde que se advierte entre el manifiesto pro neutralidad y el mitin en favor de la paz, acusa la acción paralela de una sola iniciativa, y cabía esperar que el valor de las propias convicciones hubiesen exigido, cuando menos, el rechazo de apariencias encubridoras de los verdaderos móviles, pues el empleo de ellas sólo sirve para delatar el juego.



Cabecera de la manifestación pro paz, organizada por la Unión Democrática Cristiana, llegando a la plaza de Mayo, después de producirse los incidentes que tuvieron lugar durante su recorrido.

Inauguración de escuelas

Llevóse a cabo el sábado de la última semana, en la escuela Carlos Calvo situada en la calle Gavilán 1467, el acto inaugural de las 39 escuelas creadas en la capital federal, de acuerdo con la ley de presupuesto. En el salón de actos públicos de aquel centro docente, y después de que la banda municipal ejecutara el himno nacional que fué coreado por los alumnos, el presidente del Consejo Nacional de Educación, doctor Angel Gallardo, pronunció un extenso discurso dando por inauguradas las nuevas escuelas.



El sábado de la semana anterior, se llevó a cabo la inauguración de las 39 escuelas creadas en la capital, de acuerdo con el presupuesto del corriente año. En el grupo fotográfico, aparecen, de izquierda a derecha los señores Ponciano Vivanco, doctores Ayerza y Ramos, coronel Martínez Urquiza, intendente doctor Llambías, doctor Beiró, presidente de la comisión municipal, y otros caballeros, escuchando el discurso del presidente del Consejo Nacional de Educación, doctor Gallardo.

A continuación del doctor Gallardo, que fué muy aplaudido, hicieron uso de la palabra el doctor O. Fernández, y la directora de la escuela, señora Josefina L. de Fernández Espiro, quienes también escucharon aplausos.

Un numeroso público, formado en su mayor parte por las familias de los niños asistentes concurrió al acto que terminó con algunos cantos y declamaciones infantiles y un número de ejercicios físicos dirigidos por la señorita Celia Rebagliatti, que despertó mucho interés en los presentes.

Sucursal de la Caja de Ahorro Postal en la casa Gath & Chaves

La Caja Nacional de Ahorro Postal, siguiendo la norma de conducta que se han impuesto sus autoridades directivas, de ampliar en todo lo posible el radio de influencia de la institución, acordó instalar una sucursal en la casa Gath y Chaves, a cuyo efecto fué convenientemente habilitado un local en el sexto piso del citado establecimiento.



El sábado de la última semana se inauguró en la casa Gath y Chaves una oficina de la Caja de Ahorro Postal, acto que se llevó a cabo con toda solemnidad. En la fotografía aparecen, entre otros caballeros, los señores Saravia, presidente de la Caja de Ahorro, Della Valle, director general de la casa Gath y Chaves, Fauvety, etc., reunidos después del acto.



La familia del señor Pablo Della Valle, director general de la casa Gath y Chaves, frente a la sucursal de la Caja, efectuando la primera imposición de ahorro.

El acto de la inauguración de dicha sucursal, se llevó a cabo en la tarde del sábado de la semana anterior, y en él estuvieron presentes el directorio de la nombrada casa comercial y el personal superior de la Caja de Ahorro.

Firmada el acta de la inauguración, bebióse una copa de champagne, y la sucursal de referencia se vió favorecida inmediatamente con la apertura de cerca de un centenar de cuentas nuevas, por valor de unos dos mil pesos, correspondientes a los primeros impositores que acudieron a la oficina. Entre éstos se contaron los miembros de la familia del señor Della Valle, director general de la casa Gath y Chaves.



Los viajantes de comercio y las empresas ferroviarias



Señor Emilio S. Schumacher, presidente fundador, en 1903, del "Centro Unión Viajantes".

La actitud asumida por los viajantes de comercio frente al aumento que las compañías de ferrocarriles han resuelto aplicar a sus tarifas, nos movió a escuchar la autorizada opinión del presidente del Centro Unión Viajantes, señor Eugenio Estelrich, quien, con toda deferencia, nos dijo:

—Tengo el mayor agrado en complacer su pedido, máxime cuando, por espíritu de clase, pues yo también milité un tiempo en el periodismo, siento especiales simpatías por FRAY MOCHO.

—Mil gracias. Quisiéramos tuviese la atención de explicarnos lo que el gremio se propone.

—Sencillamente, defender nuestros intereses recurriendo a los poderes públicos. Hace pocos días hemos elevado una nota al señor ministro de obras públicas, solicitando el concurso del gobierno para que las empresas ferroviarias no realicen su propósito de recargar en 22 por ciento las tarifas vigentes. Como somos los principales perjudicados, no cejaremos en nuestro empeño de evitar se lleve a la práctica tan extorsivo aumento, haciendo comprender a las compañías que el viajante de comercio, su mejor cliente, y el más eficaz auxiliar del ferrocarril en la expansión del comercio resultaría el más dañado de todos.

—¿Gozan ustedes de algunas ventajas en otros países?

—Sí, señor. En Francia, por ejemplo, existe, a más del pasaje kilométrico, la llamada "carte a demi place" que, como es sabido, consiste en un "carnet" autorizado por las empresas, mediante el cual se obtiene pasaje a mitad de precio. No sólo en Europa son atendidos como merecen los viajantes de comercio, pues en la República Oriental del Uruguay, las compañías de ferrocarriles conceden a los socios del "Centro de Agentes Viajeros", de Montevideo, un 33 por ciento de rebaja en el precio de los pasajes. Las empresas de navegación Nicolás Mihanovich y Domingo Barthe, también nos acuerdan un descuento en el importe de los boletos.

—¿Qué consecuencias traerá el aumento de la tarifa si se lleva a la práctica?

—Resultados contrarios para las empresas, particularmente en lo que se refiere a los viajeros, pues si en tiempos normales resulta más económico, por ejemplo, visitar a Europa que ir a Cacheuta, calcule usted lo que sucederá ahora con un aumento de 22 por ciento en las tarifas, además del 10 con que ya se habían recargado anteriormente.

—¿Qué opina sobre las razones que alegan las empresas para adoptar tal medida?

—No me creo llamado a discutir los argumentos en que se fundan y que he visto publicados en los diarios; pero sí le diré, dejando el comentario a cargo de los lectores, que en Francia se garantizó en 1840, por "primera vez", el 4 por ciento del capital, y que en años posteriores se llegó hasta el 4'65, con la obligación de "construir cualquier ramal que proyectara el gobierno, aunque fuera improductivo"; que en Norte América, las empresas ferroviarias no tienen protección oficial; que en Inglaterra, ocurre lo propio: nunca gozaron de privilegio alguno y obtienen dividendos máximos de 4 a 4'25 por ciento, pagando por impuesto a la renta la friolera de 25 millones de pesos oro al año, y solamente por impuesto municipal 5 millones de libras esterlinas. Ante esto, cabe preguntar: ¿qué pagan las de nuestro país?

Creo, pues, que en la hora presente, de ningún modo se debiera tolerar semejante aumento a empresas que alcanzaron de nuestros gobiernos facilidades que ya quisieran para sí las de Europa y Norte América.

—¿Cuál es la situación actual del gremio?

—Bien difícil, por cierto. Bástele saber que además de haberse implantado el sistema de viaje a simple comisión, cuya utilidad es bastante exigua, se necesita, para poder recorrer la república, que cada viajante vaya provisto de ¡quince patentes!, abonando por ellas de 400 a 1.200 pesos a cada provincia.

—¿Y las gestiones sobre la patente única?

—Estamos esperando que el congreso estudie el proyecto de ley presentado en septiembre último por el ex ministro de hacienda doctor Oliver, como consecuencia del informe del delegado a la alta comisión internacional de legislación uniforme, don Luis E. Zuberbühler, digno presidente honorario de nuestro centro. Si se convirtiese en ley el mencionado proyecto, pagaríamos una sola patente, y a más de aliviar económicamente nuestra crítica situación, se verían mucho más concurridas las provincias, pues si en la actualidad no se va a ellas con frecuencia, débese a lo que acabo de exponer. Por estas razones hemos resuelto dirigirnos en breve al Honorable Congreso, rogando el pronto despacho de tan justa ley. ¿Nos atenderán? Creo que sí, pues en la cámara popular se trabaja en provecho de los intereses nacionales y nuestros legisladores han de comprender seguramente cuán útil es la acción del viajante para el desarrollo del comercio y de la industria.

. . . .

En efecto, si hay actividades dignas de la protección oficial, debe figurar en primera fila la silenciosa y proficua labor de ese ejército anónimo, cuya misión es abrir constantemente arterias por donde hacer circular la vitalidad del país, elevando su potencialidad económica al más alto grado de expansión.

Indudablemente, el viajante de comercio de nuestros días, se halla muy lejos del "commis-voyageur" de antaño, cuya ignorancia y garrulería ofreciera a la literatura tema socorrido para más de un capítulo burlesco. El ambiente en que hoy se desenvuelven las modernas iniciativas, exige especiales aptitudes para el desempeño de tan ruda como importante tarea, y si se quiere actuar con alguna eficacia, hay que tener cierta ilustración, poseer el don de gentes y ser un tanto psicólogo, cualidades indispensables entre las no pocas que se requieren para lograr el éxito.

Tres mil de estos soldados, diseminados por la república, luchan hoy casi sin derecho al descanso, siguiendo constantemente rutas sin término, cual nuevos judíos errantes, y tanto en las empresas de comunicaciones, como en los poderes públicos, no es posible concebir otro criterio que el de facilitar ampliamente la labor de progreso que realiza este gremio, pues él constituye el elemento que mayor impulso comunica a los rendimientos por transportes, y representa un factor decisivo en el engrandecimiento nacional. Imposibilitar la gestión de los viajantes, sería para el comercio y la industria lo mismo que detener la vibración molecular en los cuerpos.

PROTEO.



El viajante de comercio señor Paulino Ojanguren, al margen de su bagaje y listo para lanzarse a la línea de fuego.



Señor José Alegret Samá, presidente en 1904-1905.



Señor José F. Badaracco, 1906-1907 y 1912-1913.



Señor Miguel Trujillo, 1908-1909.



Señor Antonio Bonel, 1910-1911 y 1914-1915



Señor Eugenio Estelrich, presidente actual.

Aviación

Aeródromo de Quilmes.—

El jueves pasado rindieron su examen de pilotos aviadores los señores Edmundo Marichal y Joaquín L. Isola, alumnos del aeródromo de Quilmes, que dirige don Celestino Corbellini.

En representación del Aero Club Argentino, presenciaron los exámenes los señores Manuel Ramos Vivot, Ramón Herrán y Juan Angel López, dando ambos examinandos cumplida prueba de la habilidad y pericia en un hábil constructor de aparatos para la aviación.

Después del señor Marichal, rindió examen don Joaquín L. Isola, quien inició su aprendizaje en el aeródromo de Quilmes el 15 de mayo del presente año. En las pruebas de su examen el alumno Isola debió luchar con el fuerte viento que en ese momento se hacía sentir, impresionando favorablemente por las condiciones en que dió cumplimiento a las distintas pruebas.



El piloto instructor del aeródromo de Quilmes, don Celestino Corbellini, acompañado por los nuevos pilotos don Edmundo Marichal y don Joaquín Isola, el día que los dos últimos rindieron su examen.

el manejo del aparato, que fué el biplano Farman empleado en la escuela para el aprendizaje.

Después de verificada por el instructor señor Corbellini la regular marcha del aparato en un vuelo en que llevó como pasajero a don Ramón Herrán, el alumno señor Marichal cumplió la serie de ochos, para efectuar luego el primer descenso a 30 metros del blanco y a 20 el segundo. En las pruebas realizadas por don Edmundo Marichal puso éste en evidencia el completo dominio que posee del aparato, lo que le permitió llenar las condiciones del examen dentro de la máxima exactitud exigible a un alumno. Este nuevo piloto nació en La Serena, Chile, el 28 de mayo de 1880 y desde hace buena serie de años se distingue como

El primer descenso lo efectuó a 5 metros del punto señalado al objeto y el segundo a 20 metros. El señor Joaquín L. Isola es argentino, nacido en Luján el 14 de septiembre de 1886 y desde el comienzo de su aprendizaje dió pruebas de sus excelentes aptitudes para la cultura de este arriesgado deporte.

Al día siguiente, el viernes, dió su examen de piloto el señor Harold Bridger, nacido en Merin, departamento de Río Negro, República del Uruguay, el 1.º de septiembre de 1882. El objetivo del señor Bridger al iniciarse en la aviación, es simpático y digno de aplauso, pues no ha sido otro que el de alistarse como aviador en el ejército inglés, para tomar parte en la actual guerra.

Demostración



Banquete que un grupo de prestigiosos vecinos de la parroquia General Las Heras ofreció en honor del comisario de la sección 19 de policía, señor Manuel Villanueva, acto que se realizó el sábado de la última semana.

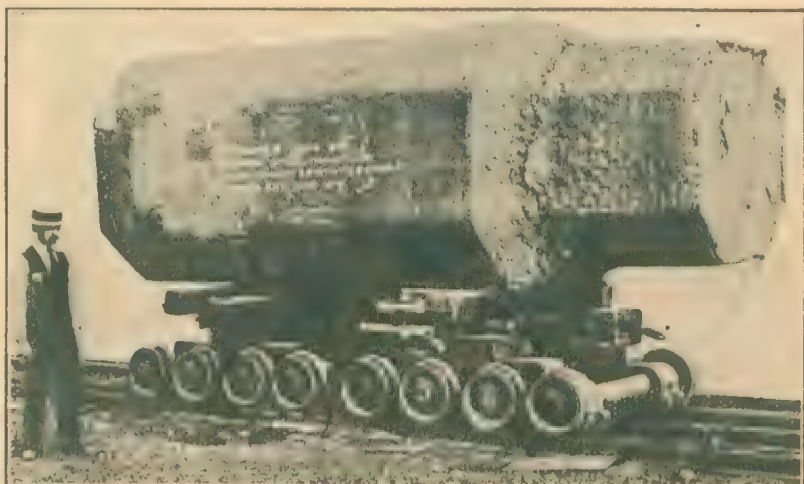
Correo de la guerra



Soldados franceses jugando una partida de "wist" a poca distancia del frente, con caretas contra los gases, como medida precaucional.



En el depósito de paños para uniformes de soldados anexo al hospital militar de la calle Endell, Londres, atendido exclusivamente por mujeres.



Recámara de uno de los mentados cañones Betlehem de diez y seis pulgadas que pondrán en uso los artilleros norteamericanos en su visita a Europa.—¡No es nada lo del ojo!...

Después de una lectura

Nada subyuga como un buen libro. En ese coloquio mudo de nuestra inteligencia con un espíritu elevado, se desarrollan vastos horizontes, espléndidos en bellezas inesperadas. Las impresiones todas de la vida positiva desaparecen, las ideas tristes que germinan sin reposo aun en los cerebros más tranquilos, parecen adormecerse en una plácida somnolencia, y concluímos por perder la conciencia de la propia individualidad.

En cuanto a los libros, no hay, a mi juicio, más que un solo criterio sano y legítimo, independiente por completo de las ideas accesorias que la escuela utilitaria quiere adherir al arte absoluto.

Ese criterio es el sentimiento de lo bello, que puede despertarlo tanto un discurso de Descartes, un pensamiento de Pascal, como una balada de Uhland o una animada escena de Dumas.

¡Pobre viejo maestro, tan querido en secreto, tan renegado en público! Es antigua como el mundo la sentencia aquella de que para adquirir la inmortalidad en el reino de las letras es indispensable ser soberanamente fastidioso. La gravedad de la forma salva el vacío del fondo, y como se ha dicho mil veces, se prefiere admirar a leer.

Pero es bueno, es justo tener un recuerdo de cariño para ese hombre extraordinario que durante medio siglo ha tenido anhelante, pendiente de su pluma a un pueblo para el cual las novedades de la víspera son historia antigua.

El que escribe estas líneas tiene fija en la memoria una de esas escenas de la infancia que el tiempo no consigue borrar.

A los trece años de edad fué puesto de pupilo en un colegio; la transición brusca desde el seno de la familia, los halagos de la madre a la austeridad de aquella vida funesta, que, como se ha dicho con razón, participa de la existencia del convento y del cuartel, habían sumido su alma en una tristeza profunda. En esos momentos no hay más consuelo que el llanto silencioso y oculto. Teófilo Gautier, recordando sus primeros años de colegio, se admira que haya imperado por largo tiempo en su espíritu infantil la idea del suicidio. Es ahí donde aparece al hombre por primera vez esa visión terrible, pero llena de seducciones, porque promete la paz inalterable. Fué en esos días de amargura que cayó en manos del niño un libro de Dumas: era su epopeya favorita, esos "Tres Mosqueteros" que han atravesado todos los pueblos y todos los idiomas. El efecto fué indescriptible: en un día y una noche se leyó el libro, y cuando el joven levantó la cabeza radiante de esperanza por la promesa de la continuación, las sombrías paredes del colegio habían perdido su tinte opaco, la reclusión parecíale más dulce y un mundo desconocido le ofrecía tesoros inagotables.

¡Oh! todos habéis leído este libro, todos habéis seguido anhelantes los pasos de D'Artagnan y sus nobles compañeros. ¡Qué vivacidad admirable, qué relieve en el estilo, qué vigor en la inventiva! No hay un momento de cansancio ni fastidio. Nos hemos encarnado en un personaje, seguimos con anhelo su acción novelesca y las primeras claridades de la mañana nos sorprenden con el libro en la mano, el codo hundido en la almohada y la pálida frente humedecida por la emoción.

Cuando se ha leído a Dumas, en la infancia, se necesita tiempo para que la madurez intelectual haga posible otro género de lectura, aun en el terreno de la imaginación. Todas son pálidas, son frías; el análisis moral no se comprende, no se alcanza la pintura social y la controversia se hace insoportable. ¿Qué vale *Martin Chuzzlewit*, *Le Père Goriot* o la *Histoire de Sybille*, ante ese maravilloso *Conde de Montecristo* que vive en el prodigio, que nada en el oro, bello como el ángel caído, justiciero como la fatalidad, vengativo como un dios pagano?

Hay una correlación natural entre la infancia de la humanidad y la del hombre. Los primeros vestigios artísticos que encontramos tienen toda la materialidad de ese estilo grotesco que los chinos están ensayando hace más de mil años sin conseguir levantarse hasta el arte. Formas toscas, gruesas pinceladas. En las letras, luchas, combates, cuadros animados en que las grandes pasiones se mueven violentamente. No hay argumento: todo es exposición. Que el libro no encierre una religión, como los poemas de la India, o una epopeya como la *Iliada*, el verso es valiente y sonoro, alumbra como la espada del héroe y vibra como su lanza.

Así, las primeras lecturas que nos seducen son las que hablan únicamente a la imaginación: eso es antiguo como el mundo. Entre los griegos las rapsodias, entre los romanos las comedias y sátiras del viejo Ennius, como más tarde fueron para las sociedades europeas los libros de caballería, que el *Quijote* extirpó, reemplazándolos.

Declaro por mi parte y creo que la mayoría de los hombres se encontrarán en el caso de hacer igual declaración, que cuando leí por primera vez el *Quijote*, ni aún sospeché un instante su alcance crítico; me parecía un libro de buena fe y las desgracias del noble caballero me interesaban tanto como me fastidiaban las prosaicas salidas de su escudero.

Pero cuando se desprende uno de ese relámpago de vida deliciosa que se llama infancia y las ideas tumultuosas de la edad viril empiezan a germinar inspiradas por el estudio o la reflexión, los horizontes se ensanchan y el espíritu encuentra surcos profundos a los que se abandona por completo.

Es entonces que los grandes libros de la historia dan al alma todo su perfume, es entonces que el estilo ondulante e iluminado de Michelet, la serenidad celeste de Macaulay, la gravedad presbiteriana de Guizot o las animadas escenas de Thiers, mantienen durante las largas horas que corren para nosotros como cruzadas bajo el éxtasis.

¡Buen viejo inglés, leal Grey! Tú lo has dicho: "el paraíso es una novela al lado de un buen fuego".



Recuerdo haber visto un lindo grabado con este epígrafe: "la Serenata de Schubert". Una joven está sentada al piano, y en la expresión vaga de sus ojos, en la melancolía que sombrea su frente, se adivina que está cantando a su oído esa melodía tan delicada como triste. A su lado está otra niña recostada en un sofá y hundida también en el mundo del ensueño. Basta mirar ese cuadro acabado para que se despierten en el alma todas las sensaciones que la música de Schubert puede suscitar.

Para mí, la frase de lord Grey dibuja también un cuadro completo. Un buen fuego, como él lo pide, en una cruda noche de invierno, una poltrona cómoda, un hombre arrellanado en ella, recibiendo por la espalda la suave luz de una lámpara de porcelana, suficiente para iluminar las páginas de una novela de Dickens o de Tackeray, he allí el primer plano. En el segundo y vagamente perdidas en la penumbra, como las visiones que en el cuadro de Kaulbach flotan alrededor de Beethoven, todos los personajes de la novela, David Copperfield en su acerada fisonomía, Martin Chuzzlewit con su rostro resuelto y varonil, la plácida cara de Mark Taple encarnando su filosofía del mérito de la jovialidad, que bien vale los sueños de Hartmann o Schopenhauer... etc.

¿Qué os parece mi cuadro? ¿No creéis que es una escena real de la vida del pensamiento, que al fin vale algo más que la vida del estómago?

Tengo una duda metida en el espíritu, que quiero someter a los que leen estas líneas, a fin de que la resolvamos juntos. Veamos: ¿pasados los veinte años, la novela no tiene ya influencia sobre la inteligencia y el corazón o las novelas que hemos leído después de los veinte años no pueden compararse a las que, antes de esa edad feliz, tanto nos sedujeron?

En estas cuestiones artísticas es indispensable siempre recurrir al sentimiento como árbitro supremo; declaro lealmente que la opinión de Schumann, llamando a la música de Meyerbeer un mamarracho abominable, no me impide estremecerme en el terceto del *Roberto* o sufrir en el dúo de los *Hugonotes*. La música, como todas las manifestaciones artísticas, no va dirigida a la manera de las obras de filosofía en Alemania, a un círculo restringido de hombres que, en posesión del tecnicismo adecuado, sean los únicos en estado de gozarla.

Así diré de la novela, tan despreciada por todos aquellos que son incapaces de concebirla, aunque ocupen elevado puesto en el mundo del espíritu. Bismark no ha escrito un solo romance, es cierto; pero Disraeli, que es un hombre de estado superior, tiene la gloria de haber firmado algunas, y notables; Bulwer Lyton lo mismo, y tantos otros que han seguido el ejemplo del Cardenal Richelieu, dividiendo su tiempo entre cortarle la cabeza a Cinq-Mars y rimar las escenas de *Mirame*.

La escuela del arte por el arte, cuyo representante más notable es el viejo Dumas, a pesar de sus veleidades humanitarias, y cuyo defensor genuino fué Teófilo Gautier, concluyó cuando el segundo imperio creó un orden social tan distinto del anterior, que atrajo ávidamente el pincel del romancista.

Ya no tenemos aquellas brillantes epopeyas que se siguen con el encanto de un cuento árabe, la pintura psicológica toma intensidad, el colorido se afirma, el pincel se vigoriza, la tela se hace áspera, ruda, hasta dejar entrever el propósito de combate que ha guiado la mano del artista.

La corriente se acentúa más y más; el estudio del alma cede el campo a la fisiología y ésta a su vez abandona la partida a la infecta manera de los señores Goncourt y Zola, que, bajo pretexto de hacernos odiar el vicio, nos sumergen en los antros infames donde desaparece por siempre la dignidad humana.

¡Qué lejos estamos de aquellas narraciones palpitantes, cuando acompañábamos a Benvenuto con toda la simpatía del alma, en su lucha contra el castillo de Nesle o adorábamos al alegre Coconnas!

Pero, ¡señores! yo no busco filosofía ni enseñanzas morales en las novelas; tengo para esos estudios mis libros especiales, que enseñan cuanto se ha dicho al respecto desde Anaxágoras a la fecha. Yo busco una atracción tan poderosa que el brazo se me duerma soportando mi frente o que entre la luz de la mañana por el cristal de mi cuarto y me sorprenda, arrancándome con violencia al encanto de la lectura.

Busco un elemento de olvido, un calmante para la excitación de mis nervios, una fórmula que contenga la cantidad de atracción suficiente para sustraerme a dolorosas preocupaciones.

Busco *Mauprat, Colomba, Fortunio, Notre-Dame de Paris, Fromont Jeune et Risler Ainé*, etc., no por cierto un *Assommoir* o una *Fille Elise* o un *Pot-Bouille*.

Me diréis que los Dumas, Sand, Mérimée, etc., son raros; de acuerdo, pero no me negaréis que, dada mi concepción artística de la novela, tengo pleno derecho en echarlos de menos.

Por otra parte, tengo mis medios de llenar las horas amargas. No soy egoista, os lo diré.

En el teatro, pero no en las tablas, con la escena, la decoración, el público, la luz, la artista bella o antipática; no. El teatro frente a frente, yo público, el libro actor. No tenéis idea de las furiosas silbatinas que suelo distribuir a mis malos cómicos, y no creáis que me refiero a los malos papeles o que la censura vaya dirigida al autor. A medida que un personaje habla, le doy forma, voz, acento, flexión y hasta alma. Pero no todos los días estoy inspirado y a veces cometo errores crasos que un juez implacable que pretende llevar dentro de mí la batuta del buen gusto, me hace notar incontinenti. Días pasados le di una apostura trágica y melodramática a un pobre conde que, en muy bonitos versos, comunicaba al público que su suegra había muerto. No estaba en mi día...

Actualmente se publican en París dos o tres teatros completos; quien tenga en su biblioteca las piezas dramáticas de Dumas, Sardou, Augier, Barrière, Meilhac y Halévy, Labiche (no os sonrojéis, puritanos, que ninguno de vosotros es capaz de escribir el *Viaje de M. Perrichon*) y algunos otros más, puede desafiar impunemente un par de inviernos a pasar bajo la fastidiosa dulzura del hogar.

Miguel CANÉ.

Dib. de Macaya.

Página infantil.--El niño y su elefante



Cortar la página y pegarla sobre un cartón, recortar después las distintas piezas y unirlas con broches por los puntos señalados, para que las figuras tengan movimiento.

El país de la utopía

La ciudad camino



El señor Edgar Chambless, que ha dedicado la mitad de su vida al estudio de la cuestión de la vivienda más conveniente para los habitantes de las ciudades, ha ideado una llamada "Ciudad-Camino" (Roadtown), que, si se construyera nos proporcionaría todas las ventajas de la vida en el campo y ninguna de sus incomodidades. La idea inspiradora del plan de Roadtown puede ser comparada con la del rascacielos moderno. Como en estos colosales edificios hay un gran número de inquilinos, cuya agrupación permite una distribución económica de luz, calor, fuerza motriz, transporte vertical, etc., se puede alquilar un departamento o una habitación cómoda a un reducido precio. ¿No se podría ofrecer lo mismo sin necesidad de edificar en altura y en medio de una ciudad demasiado poblada?

Imaginemos, con el inventor, un enorme rascacielos, un rascacielos de millas de altura, de quinientas millas... No se espante el lector: este rascacielos sería tal por su confort, por sus servicios, por sus instalaciones, y por el gran número de personas que lo habitarían, pero no se elevaría hasta perderse en las nubes, desafiando la fuerza de gravedad. Se extendería horizontalmente, en una línea ininterrumpida de casas de dos pisos, a través de los campos. Sería un "camino de casas" levantadas en hilera en un trayecto de millas y millas... Así como en los rascacielos hay ascensores, debajo de Roadtown habría un conducto subterráneo por el cual correrían vagonetas y carretillas para transportar a los habitantes y las mercaderías. La distribución de luz, calor y otros servicios se haría económicamente, tratándose de una sola línea de cables y conductos que no se alargarían en innecesarios desvíos, a pesar de servir a casas situadas en el campo.

Aunque se viva a cien millas de la ciudad, el habitante de Roadtown podrá trasladarse diariamente a su empleo por trenes expresos subterráneos, que pasarían por debajo de su casa y marcharían con enormes velocidades. (Recuérdese el tren monorriel del tipo Boyes). Ventanas enrejadas situadas debajo de los umbrales de las casas darían ventilación al subterráneo.

Viendo la ilustración, se notará que cada casa proyectada tendrá dos jardines, uno a cada lado. Como no estarán rodeadas de otros edificios, esas casas recibirán ampliamente la luz y el aire puro. Cada casa tendrá veintiún pies de ancho y veinte de altura, y constará de siete cómodas habitaciones. Las paredes, pisos y cielorrasos serán de cemento. Habrá escaleras que comunicarán desde el subterráneo hasta el techo de las casas, un techo continuo y uniforme de muchas millas de largo que constituirá un excelente camino para transeuntes, patinadores y ciclistas. En el centro de este camino habrá una galería cubierta bajo la cual los transeuntes podrán resguardarse de la lluvia y el sol. Por la noche será iluminada como una avenida del centro de la ciudad. A trechos de la Roadtown se levantarán edificios monumentales, grandes torres, como se ve en la figura, destinadas a contener escuelas, estaciones de servicios públicos, teatros, bibliotecas, usinas de luz y fuerza, centrales de teléfonos y diversos negocios.

Las casas de Roadtown podrán tener cocinas, pero no las necesitarán, pues como el inmenso edificio será administrado a manera de un hotel, habrá grandes cocinas comunes a las cuales los inquilinos pedirán por teléfono los platos de su agrado. Estos llegarán a cada casa dentro de una pequeña vagoneta cerrada que circulará eléctricamente por un riel. Este servicio será atendido por una serie de dispositivos muy ingeniosos cuya descripción no cabe en esta reseña.

Otras muchas comodidades, que hasta ahora son sólo de los ricos, harán más amable la vida a los felices habitantes de Roadtown. La temperatura de cada habitación, por ejemplo, será la que desee el ocupante, pues habrá radiadores a vapor que proporcionarán calefacción. En verano, cuando haga mucho calor, correrá por esos radiadores agua enfriada artificialmente, la que mitigará el exceso de calor. El agua que se emplee para beber será toda destilada. Las puertas pesadas y las ventanas serán movidas automáticamente por medio de aire comprimido. Una cañería llevará a cada casa una corriente de gas desinfectante que se podrá utilizar abriendo un bitoque.

La limpieza se hará por medio de aspiradores de aire. A voluntad del inquilino una campanilla anunciará en cada casa la llegada del tren a la estación próxima. Y por último y cuando el inquilino quiera distraerse sin salir de su casa, se acercará al "dictógrafo", aparato combinado de teléfono y fonógrafo, que habla, canta y ejecuta música.

Por utópica que parezca esta bella Roadtown, el proyecto no es irrealizable. Hasta hay quienes lo creen de próxima realización, entre ellos, personalidades como Boyes, inventor del tren monorriel; K. Turner, inventor del "dictógrafo", y Thomas A. Edison, quien manifiesta que donará a la sociedad que se constituya para construir Roadtown su patente de invento del sistema de construcciones con grandes bloques de cemento.

Mr. Pickering, inventor inglés, ha hecho un descubrimiento de gran interés para los panaderos, gracias al cual se facilita en gran manera la fabricación.

Hasta ahora se tardaba en preparar la masa de cuatro a diez horas, antes de poder meterla en el horno, lo cual constituía una grave desventaja, porque no sólo retardaba la fabricación del pan, sino que siendo como es la masa un excelente medio de cultivo para los microbios, cuanto más tiempo permanece sin cocer, más bacilos se acumulan en ella.

Con el procedimiento de Pickering se abrevia la acción de la levadura y la masa queda en disposición de entrar en el horno en noventa minutos.

En una panadería de Londres se han verificado pruebas prácticas. Después del tratamiento especial inventado por Pickering, se añadió levadura a veinticinco libras de harina y se hizo la masa.

Cincuenta minutos después la masa estaba a punto para la cocción.

EL AMOR COMPRIMIDO



—Mamá, Telesforito me va olvidando. Ya no me escribe más que cuatro carillas.
—Ten en cuenta, hija mía, que la escasez del papel es alarmante.

Páginas de mi libro secreto

La mayor parte de las páginas de mi libro secreto, se refieren a la campaña hecha a través de Europa, durante los diez años que precedieron a la guerra, con el propósito de determinar el poder militar y naval de los que actualmente son nuestros amigos o nuestros adversarios.

Un deber patriótico, y las instancias de mi amigo Lord Roberts, me hicieron aceptar el cargo de agente secreto de la Gran Bretaña, arrojándome en curiosas aventuras, algunas tan extrañas, que siempre temí darlas a conocer como hechos reales; algunas, por otra parte, han llegado a los lectores en forma de novela.

Durante los nebulosos días que precedieron a la guerra, yo recorrí diversas capitales, siendo conocido como un "noceur" en París, Bucarest o Constantinopla. En todas me presenté como un escritor que estudia el bajo fondo procurando hallar asuntos sensacionales. El medio, a mi entender, servía a la perfección para mis propósitos.

Los que me presentaron en las orgías de la Villa Regala, de las afueras de Bucarest, en la vida del placer de Berlín y de Galata. y en los salones y comedores de ministros en Roma, Madrid, Belgrado, Petrogrado o Bruselas, jamás se imaginaron mi real objeto, que era descubrir los entretelones de la política europea, a fin de descubrir quiénes podían ser los verdaderos amigos de Inglaterra.

Encuentro con Hinckson en Milán.

De todas las notas de mis aventuras como agente secreto del gobierno británico antes de la guerra, las que se refieren a mi encuentro con la señorita del departamento del primer piso, son, quizá, las más novelescas y curiosas.

Había salido de Cetinge llevando algunos despachos secretos de nuestro ministro en la capital del rey Nicolás a nuestro ministro en Belgrado, los que debían ser entregados al correo real que hacía el viaje desde Constantinopla a Dowining Street. De Belgrado me dirigí a Viena y pasé a Milán.

Era el Mes del León, como dicen los italianos, y la ruidosa ciudad ardía en fiestas. Vagando una mañana bajo la enorme arcada de la Galería Vitorio, cerca del Duomo, de pronto me encontré cara a cara con un hombre alto, cuadrado de hombros, traje planchado de tela blanca y sombrero de paja, mi amigo Harry Hinckson, representante de una compañía norteamericana, al que había encontrado muchas veces en mis viajes; una de ellas en Ekaterinburg, en la lejana frontera ruso-siberiana.

Por Júpiter, ¡qué hermosa es!

Nuestro encuentro fué realmente cordial, satisfaciéndonos mutuamente el saber que ambos estábamos en el mismo hotel: Hotel de Milán.

Mientras almorzábamos en el hotel aquel día, Hinckson, cuyos ojos buscaban siempre una hermosa cara de mujer que contemplar, tras una mirada escrutadora exclamó:

"¡Mire atrás de Vd., Billy, en aquella mesa de la ventana! ¡Qué mujer más distinguida! Por Júpiter. Es soberbia!"

Un momento después, volví la cabeza, y ví una bella mujer de pelo negro, como de treinta años, elegantemente vestida de blanco, que, sentada sola, comía su risoto y paseaba una mirada distraída sobre las páginas del "Secolo".

Convine en que era una mujer de belleza poco común.

"Si está sola, hay que abordarla", dijo mi amigo, siempre dispuesto a relacionarse con una mujer hermosa.

No fué, por tanto, una sorpresa para mí, cuando aquella misma tarde regresé de la oficina de telégrafos, en encontrarlos sentados bajo las palmeras del patio, tomando café y charlando amigablemente.

Tan pronto como entré, Hinckson me llamó y me presentó a su compañera.

La señorita de Berlín.

La Baronesa von Oppen (por razones fáciles de comprender me veo obligado a ocultar su verdadero nombre), manifestó ser alemana, persona agradable, de brillante ingenio y que, como amante de la vida cosmopolita, conocía todas las capitales de Europa.

Como la velada en el hotel resultaba pesada, fuimos los tres al café de Biffi, en la Galería, en el que había una excelente orquesta, y donde pasamos el rato alegremente. Pero yo noté que ella reveló muy poco de su vida, a no ser que residía en Berlín.

Los días siguientes, estuve muy ocupado con el asunto que me llevó a Milán, pero sabía que Hinckson pasaba la mayor parte del día en compañía de la baronesa, y que cenaban juntos e iban al teatro todas las noches.

Una semana después fuí llamado a Londres, y al despedirme cambié mi tarjeta con la alegre baronesa. La dirección que figuraba en la de ella era: "Thiergartenstrasse 12, Berlín".

Tres meses después, encontré a Hinckson en una de sus usuales guaridas en Londres, el Bar Americano del Savoy, quien agarrándome del brazo, y sin soltar el enorme habano de la boca, me contó entusiasmado los días alegres que pasó con la joven y al parecer inconstante viuda.

"Extraordinaria mujer", exclamaba, "casi todas sus joyas están empeñadas en Londres y Berlín, pero no tenía suficiente dinero para sacarlas. ¡Qué mujer inteligente! A veces me parecía una estafadora; llena de apuros, tiene automóvil propio y al parecer es una gran figura en la vida nocturna de Berlín."

"¿Pero quién será?", preguntó mi curiosidad creciente.

Los planes secretos de la armada alemana.

"Una mujer endiabladamente lista, mi querido Billy, de no ser así, el gobierno alemán no la hubiera enviado a arreglar la proporción que correspondía pagar a los alemanes por los gastos de la Exposición Internacional."

Tal revelación me dejó pensativo. La baronesa, si tal era su misión, a no dudar pertenecía a alguna oficina secreta. Y esto explicaba su necesidad de gastar.

Mi propia misión, aceptada solamente por patriotismo, me obligaba a adquirir toda aquella información que pudiera ser útil a mi país.

"Seguramente que ella está al corriente de los últimos progresos alemanes ¿eh?". pregunté, mientras caminábamos juntos hacia el Strand.

"¡Conocer! ¡Seguro que conoce!", contestó mi amigo. "Es la secretaria confidencial de von Eberhart, jefe constructor de la armada alemana. "¡Secretos!", continuó. "Me ha dicho que todo plano de un nuevo barco, pasa por sus manos al regresar de Potsdam, donde se envían a la aprobación del emperador."

Nada contesté a Hinckson, quien ignoraba la verdadera razón de mis continuos viajes por Europa; de haber sido conocidas, ni un solo día podría permanecer en seguridad dentro de Alemania. Antes de una semana, me encontraba instalado en el alegre Hotel Esplanade, de Berlín, y después de algunas preguntas sobre la baronesa, me decidí a visitarla.

Vivía en lujoso departamento de un primer piso, con vistas a un lindo parque, cerca de la entrada de Hofjäger Alee. En los balcones, protegidos por persianas de los rayos del sol, ponían una nota alegre florecidas plantas de verano. Cuando penetré en un espacioso y fresco salón rosa, se adelantó a mi encuentro cariñosamente.

La historia de la baronesa.

Mientras saboreábamos una taza de delicioso té, yo le explicaba como, pasando por Berlín en viaje a Petrogrado, me sentí impulsado a visitarla; ella me refería su vida desde nuestra separación en Milán.

En fin, nos hicimos buenos amigos y todas las noches cenábamos e íbamos al teatro juntos. Sin dejar traslucir una curiosidad excesiva, fuí poco a poco adquiriendo la información suficiente para conocer su posición exacta en los enormes edificios de Voss-strasse. Supe que se casó con el barón a los veinte años y que al principio vivió en el Mosela, en una gran propiedad de su marido. Que el juego arruinó al barón, quien, por otra parte, fué obligado a salir de su regimiento de Ulanos, y que, desesperados, marcharon a París, donde su esposo se suicidó en un mediano hotel, cerca de la Opera. Una vez viuda, cierta persona de elevada posición se interesó por ella y tras de ocupar varios puestos de menor importancia en el Wilhelmstrasse, pasó al Voss-strasse como secretaria confidencial del viejo von Eberhardt, el famoso constructor naval.

Casada con un canalla.

Una madrugada nos dirigíamos a su casa, después de haber cenado en Borchardt, tras de haber asistido a la última obra de Max Reinhardt.

"Naturalmente, usted debe conocer muchos de los secretos de la armada", dije sonriendo, mientras sostenía el fósforo en que encendía su cigarrillo.

Encogió graciosamente sus hombros semidesnudos y respondió:

"¡Oh, un poco! Todos los planos están a mi cuidado."

"La vida oficial de usted debe ser muy interesante", insistí con el ansia de un novelista que busca un asunto original.

"¡Ah, sí! seguramente, lo sería sin mis horribles apuros de dinero."

Nos sentamos esperando contemplar la aurora de aquel día de verano. En un impulso de confidencias, me habló de su verdadera posición. Viuda para todo el mundo, pues las casadas no pueden emplearse en el ministerio, se había casado en secreto con quien tardó poco en descubrirse como un verdadero sinvergüenza, y aun cuando vivían separados, le sacaba, con amenazas, todo cuanto ganaba.

Los detalles íntimos de su situación tienen escaso interés para el público. Creo, por tanto, que sería suficiente decir que pocos días después le hice cierta proposición, y que ella aceptó.

Al día siguiente abandoné discretamente a Berlín.

Durante varios años los planos de acorazados, cruceros o destroyers alemanes, cuando volvían de Potsdam, llevando el visto bueno del emperador, pasaron todos frente al objetivo antes de ser guardados por la Baronesa von Oppen en sus respectivos sitios de la segura guarida de Voss-strasse.

Realmente, Inglaterra, tiene una deuda muy grande con la jamás sospechada señorita del departamento del primer piso.

William LE QUEUX.

Cuentos ajenos.—La promesa

Concluía la tarde, amenazaba tempestad y negros nubarrones ensombrecían aún más la verde penumbra del bosque. El soldado, siguiendo el camino, salió a la planicie iluminada aun por la mortecina luz del día. La reconoció en seguida, recordando la descripción que de ella le habían hecho, y también por lo saliente del alero, la casa que buscaba. Se dirigió hacia ella sin vacilar y dándose prisa, pues las primeras gotas de lluvia empezaban a caer pesadamente sobre el suelo polvoriento del camino

Llamó a la puerta y ésta se abrió al momento.

—¿El señor Maray?—preguntó.

—Papá no está. Ha ido a la ciudad—contestó una voz fresca de mujer.—Pero si quiere usted ver al guarda adjunto, su casa está a dos pasos...

La que así hablaba era una joven como de dieciséis a diecisiete años. Era alta y esbelta, su rostro tenía aún contornos infantiles, pero sus ojos expresaban seriedad y dulzura. Con las manos procuraba echar hacia atrás los mechones de pelo castaño que le caían rebeldes sobre el rostro.

—No, quiero hablar con el señor Maray—balbuceó el soldado.

Este se había quedado un momento absorto al ver a la muchacha, y ésta también le miró asombrada al adivinar en aquél cierta cortedad, cierto azoramiento, que desdecían de su corpulencia y de su rostro enérgico y decidido.

—Si pudiese volver... pero no me es posible—murmuró el joven.—Tengo que volver a tomar el tren esta misma noche... Además, no es a su padre; es a usted a quien tengo que hablar.

La muchacha apenas pudo oir estas palabras; tan grande era el ruido que producía la lluvia. Le hizo entrar, cerró la puerta y los dos permanecieron de pie en la vasta habitación casi a oscuras.

—Veo que no sabe usted nada...—exclamó el soldado buscando palabras para empezar.—Creí que a estas horas ya habría llegado a sus oídos... Hubiese preferido dar la noticia a su padre; pero como tengo que marcharme en seguida, y como, por otra parte, no puedo dejar de cumplir la promesa que hice... Vengo del frente, ¿sabe usted?... Me llamo Juan Vautier y he sido compañero de alguien a quien usted conoce... Sí... de Pablo Tullier... Está herido... gravemente... muy gravemente...

—¡Dios mío! ¿Ha muerto? ¡Dígame usted la verdad!

El soldado no contestó, viendo que la joven había adivinado la verdad. Estaba consternado por haber dado tan bruscamente la noticia, cuando había estado durante todo el camino pensando el modo de darla lo más suavemente posible. Al levantar la vista sobre la joven la vió pálida y con las mejillas húmedas de lágrimas, pero se sorprendió no ver en ella la desesperación que temía y esperaba. Añadió en voz más baja:

—Le tenía prometido traer aquí algunos objetos de su pertenencia, como recuerdo, si llegaba a ocurrir una desgracia... Aquí están.

Dejó sobre una mesita un paquete atado con cintas negras.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¡Qué desgracia para la pobre Luisa!—exclamó la joven.

—¡Luisa!... ¿Entonces esto no es para usted? ¿Usted no es la novia de Pablo?

—No; Luisa es mi hermana... Tiene veinte años. Eran novios antes de empezar la guerra. Yo, entonces, no tenía más que catorce años... ¡Pobre Luisa!... Estos últimos días estaba intranquila porque hacía tiempo que no recibía carta... Hoy ha ido con papá a la ciudad para ver si allí puede averiguar algo...

—¿Entonces usted es Emilia? También me hablaba mucho de usted... pero como se habla de una niña.

—Pues, sí; yo soy Emilia.

Al cabo de un corto silencio el soldado añadió, señalando al paquete:

—Entonces eso es para su hermana. Me suplicó que lo trajese... Cayó junto a mí, muriendo en el acto... En cuanto me ha sido posible he cumplido mi palabra... Era mi mejor amigo; siempre estábamos juntos... Cuando me hizo jurar que vendría aquí, me ofreció hacer lo mismo si era yo quien caía... Sólo que por mí, ¡bah, no valía la pena!...

—¿Por qué?

—¿Que por qué?... Pues porque yo no tengo a nadie; ni familia, ni novia, ni... Y si viese usted qué triste es pensar en eso allá lejos... Pero veo que le estoy hablando a usted de cosas que no le importan un comino.

Le contestó la joven que sí le interesaba su triste situación, y que se hacía cargo de lo horrible que debe ser pensar en la muerte sabiendo que nadie le podría llorar.

Juan la miró entonces cara a cara, y se atrevió a preguntarle:

—¿Y usted, no tiene el novio en las trincheras?

La muchacha hizo un movimiento negativo con la cabeza, poniéndose muy colorada. Volvieron a guardar silencio, llenos de un sentimiento dulce e impreciso, en el que se mezclaba el dolor que se desprendía de los pobres recuerdos colocados allí en la mesa, entre los dos.

El soldado pensó confusamente en la muerte, siempre tan cercana, y sintió un enorme deseo de vivir y de amar; pero no se atrevió a expresarlo, y se limitó a decir:

—He de marcharme. Quisiera hacerle a usted una pregunta. ¿Me permitiría usted decir a un compañero que si me ocurre alguna desgracia le traiga a usted algunos recuerdos que yo deje?... ¿No se enfadaría usted?

Emilia le dirigió una mirada llena de compasión y de emoción, y conmovida le dijo:

—Volverá usted... Estoy segura de que volverá.

—¿Aquí?... ¿Volveré aquí?

La joven dijo que sí con la cabeza. Juan le cogió una mano por encima de la mesita en que estaba puesto el paquete, inclinó el cuerpo y la besó en la frente.

Después se alejó a lo largo del camino, que olía a tierra mojada, y se perdió en la oscuridad del crepúsculo...

Federico BOUTET.

Las horas de las comidas

Leemos en un periódico francés:

"Para que los alimentos produzcan en nuestro organismo el efecto de mayor eficacia es necesario que las diarias raciones se repartan de un modo conveniente en las diversas comidas, que deben hacerse a determinadas horas si ha de obtenerse el fin apetecido.

Así lo afirma el profesor Bergonié, de Burdeos, secundado por los profesores Armando Gautier y d'Arsonval, en una interesantísima comunicación dirigida a la Academia de Ciencias.

"Si se examinan—dicen esos facultativos—las curvas representativas de los aumentos de energía debidos a la alimentación y de las pérdidas que ocasiona el trabajo realizado, se observa que no concuerdan entre sí esas curvas de gastos e ingresos.

Cuando más necesitados estamos de fuerza, no la recuperamos, o a la inversa.

El ligero desayuno de la mañana resulta insuficiente; la comida, demasiado tardía, no produce efecto hasta las tres de la tarde, y en cuanto a la cena, lo que alimenta es nuestro sueño, mientras que para realizar el gran esfuerzo de la mañana el organismo sólo cuenta con los insignificantes recursos del desayuno.

Lo más lógico sería substituir las actuales comidas por dos principales, de siete a ocho de la mañana y de siete a ocho de la noche, más una refacción a mediodía.

El ideal para los obreros consistiría en fijar las dos comidas principales de ocho a nueve de la mañana y de cinco a seis de la tarde, que equivaldría a una nueva fórmula de la jornada de los "tres ochos", que se dividiría en dos períodos: uno de ocho horas de trabajo y otro de diez y seis horas consecutivas de descanso, y además una sola sesión de trabajo proporcionaría la ventaja de un rendimiento superior, porque las pérdidas de tiempo quedarían reducidas al mínimum.

Desde el punto de vista psicológico, ese sistema sería muy beneficioso, porque el individuo y, por consiguiente, la sociedad descansarían diez y seis horas sin interrupción.

Sería más eficaz la lucha contra el alcoholsmo, ya que la inmensa mayoría de los obreros podrían comer en sus hogares, y no verse obligados, como ahora, a frecuentar las tabernas.

Podría objetarse que la transición de uno a otro sistema ocasionaría dificultades de importancia.

A eso responde el profesor Bergonié que basta aprovechar la noche, previa una suficiente alimentación, para ese tránsito, cuya dificultad es más aparente que real, pues tales costumbres se hallan establecidas en otros países, entre los que figura Inglaterra."

Método fácil para abandonar a la esposa

Esta receta apareció en "El Universal" de la ciudad de México: "Se ha presentado a esta redacción una distinguida dama norteamericana quejándose del abandono de que ha sido víctima por parte de su esposo legítimo, y manifestando que se ha dirigido a las autoridades de su país sin obtener atención; que se ha dirigido igualmente a las logias masónicas, pues su esposo era masón, y tampoco ha sido atendida.

La señora declara que su marido abandonó esta República en compañía de una manicurista y cita el caso de que muchos americanos vienen a México con el objeto de dejar aquí a sus esposas legítimas y marcharse después solos o en compañía de otras mujeres, y que las esposas abandonadas y sin recursos pecuniarios no saben qué partido tomar.

La señora interesada desea que se llame la atención a las señoras americanas, para que tomen sus precauciones antes de abandonar su patria en compañía de sus esposos."

El vals del Jerez

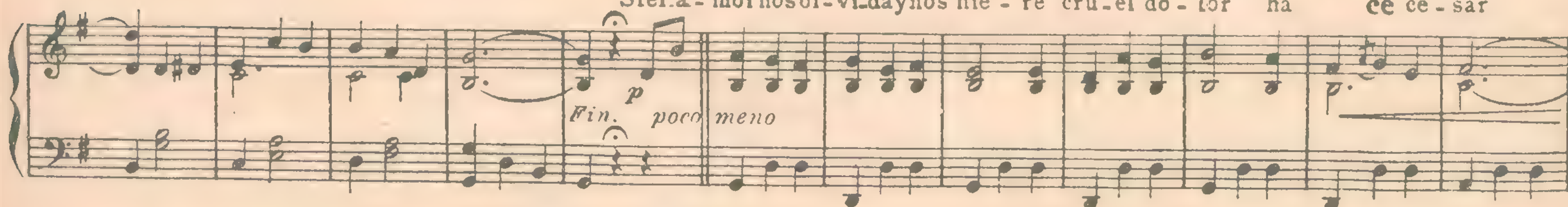
Creación de Adria Rodi y de Antonia Sabatier

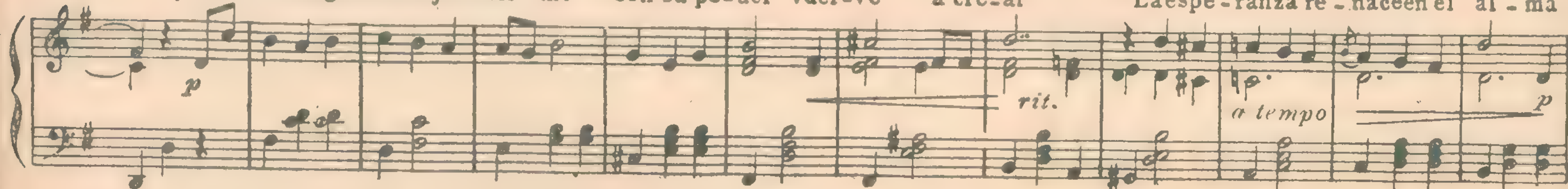
Letra de Jerónimo Gaid

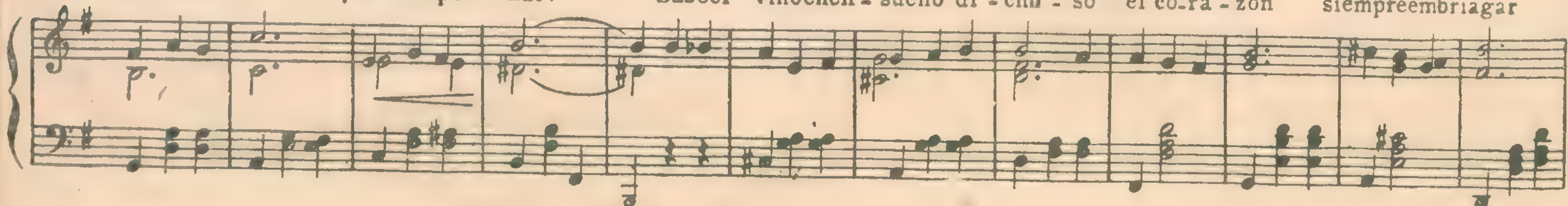
Música de J. Zamacois

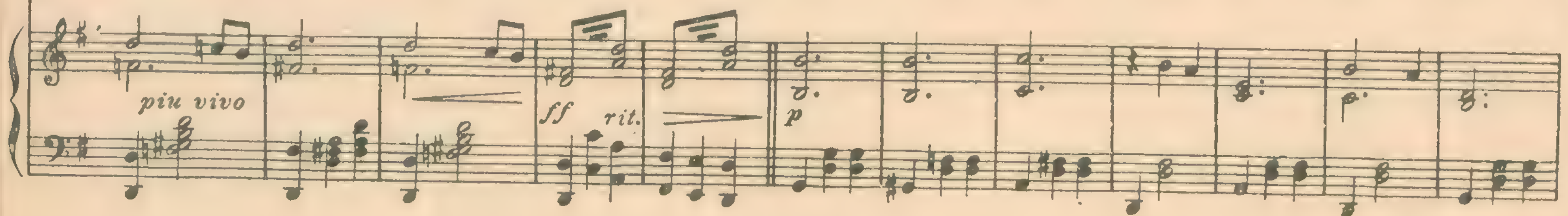
Tempo di Valse

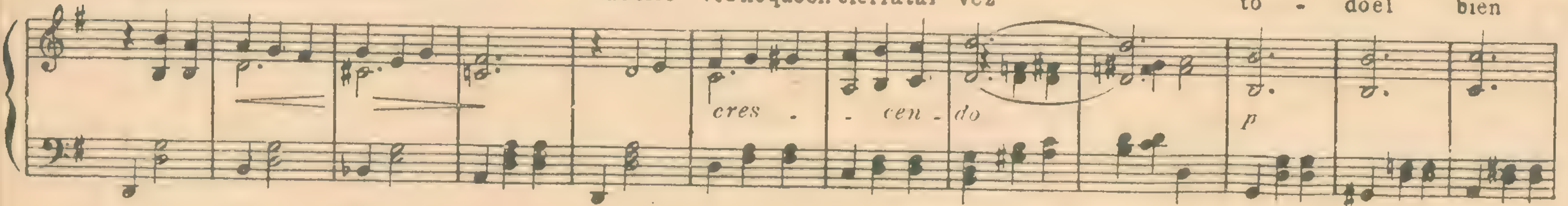


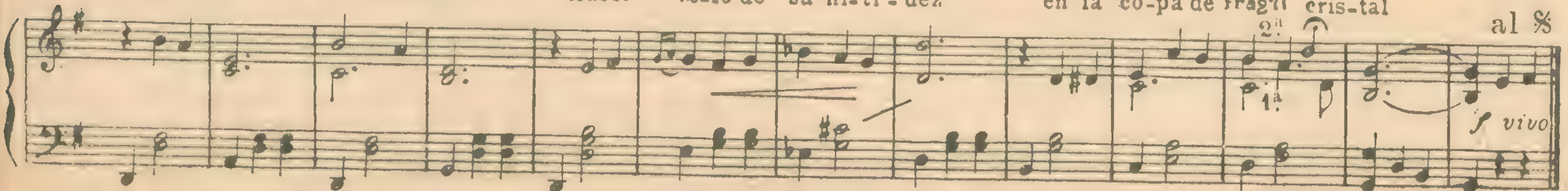












La famosa actriz Lantelme ahogada en el Rhin

No es exagerado afirmar que el misterio que rodea a la muerte de Lucía Lantelme, que fué una de las más encantadoras figuras de los escenarios parisienses, es el más desconcertante de los que han apasionado al público europeo en los últimos años.

Hace cierto tiempo se dió la noticia de que la Lantelme había perecido ahogada en el Rhin. Pero he aquí que en muchas personas persiste la creencia de que la bella actriz está viva, que huyó del lado de su esposo, un millonario conocido en París, que vivió en compañía de un *apache* y que en la actualidad está prestando servicios de enfermera en el ejército francés...

Se recordará que al principio de la guerra el gobierno militar de París efectuó una recogida de la gente maleante de la gran ciudad. Un cordón de policías armados de revólveres automáticos rodeó al barrio habitado por los apaches, penetró en sus domicilios y arreó con toda esa gente de mal vivir. Los más peligrosos de esos profesionales del delito fueron enviados a la cárcel; el resto fué remitido a la línea de fuego, donde, según parece se portó heroicamente.

Acompañaban a la policía en aquella circunstancia en que realizaba la leva en la calle Seveste, cerca de Montmartre, varios actores y periodistas. Uno de los primeros, en momentos en que salían los detenidos de una casa, exclamó:

—¡La Lantelme! ¡Esta es la Lantelme!

Hacía tres años que se la tenía por muerta. Otros actores la reconocieron. La acompañaba un hombre, un apache conocido con el apodo de "El rubio Guillermo". Este individuo fué enviado a la frontera, donde seguramente ha muerto combatiendo.

Después de este incidente la Lantelme desapareció. Hace pocas semanas circuló la noticia de que estaba en el ejército.

Una noche de verano, hace cinco años, comenzó este misterio que tal vez nadie llegue a explicar. Era Lucía Lantelme la más linda de las actrices de los teatros de París. A los veinte años se casó con Alfredo Carlos Edwards, caballero anciano, propietario de un gran diario de París y de otros establecimientos. Era un carácter extraño, mezcla de francés, inglés y hebreo. Muy dedicado a las mujeres, contaba entre sus amigas a las más bellas artistas. En París le llamaban Edwards el "Barba Azul". Lantelme era su cuarta esposa.

El señor Edwards rodeó a su bella mujer de toda clase de lujo, joyas, ricos vestidos, automóviles... Pero ella no era feliz. En su rostro parecía siempre posada una sombra de tristeza y una expresión de pena y de desencanto vivía en la larga mirada de sus ojos. Decíase que para alivio de esa tristeza había recurrido al opio. Ya entonces tenía cierta inexplicable amistad con "El Rubio Guillermo".

Edwards poseía un magnífico yate, "L'Aimée", en el cual el matrimonio, acompañado de un grupo de amigos, realizó una jira de placer desde el Sena hasta el Rhin.

Una noche, cuando todos dormían a bordo, Lantelme desapareció. Se dijo que había caído al agua. Sólo Edwards la oyó gritar y corrió en seguida a los demás camarotes para despertar a los amigos.

Dos días después se encontró el cadáver en el río. El burgomaestre prusiano de Emmerich insistió en que el cuerpo debía ser dejado en el agua veinticuatro horas más, hasta terminar la investigación del accidente.

En la época de su muerte Lucía Lantelme contaba veinticinco años. Circularon extrañas versiones acerca de su muerte. Entre otras la de que había sido atada con una cuerda en la proa del yate y se la había dejado así un día entero. Semidesnudo, su delicado cuerpo golpeaba contra el barco, empujado por las aguas. La hélice le destrozó un lado de la cara...

El público no conoció detalles de este accidente o este drama. No se explicó cómo la joven pudo caer de la ventana de su camarote al agua. Un diario se permitió insinuar sospechas de crimen. El señor Edwards lo acusó ante la justicia y ganó el pleito.

El cadáver de la Lantelme fué llevado a París y enterrado en el cementerio del Père Lachaise. Su esposo no se halló presente en el funeral.

Pocos meses después fué violado el sepulcro que guardaba sus restos y abierto el féretro.

"En el sepulcro violado hay señales de un frenesí de destrucción", escribió un periodista en aquellos días. "No sólo fué el féretro abierto brutalmente sino que también se trató de destrozar el altar y los objetos que en él había. La cruz, las estatuas y los jarrones fueron hechos pedazos y amontonados en un rincón de la bóveda. Se diría que un furor de sacrilegio, antes que la codicia del robo, ha inspirado a los atrevidos malhechores."

Pero más extraño aún era el hecho de que en la bóveda hubo probablemente una lucha furiosa entre los individuos que penetraron en ella, pues se veía en el suelo manchas de sangre fresca. Se supuso que el motivo de la profanación había sido el robo. En efecto, con el cadáver fueron enterradas valiosas joyas. Pero éstas no fueron tocadas.

El 21 de julio de 1916 fué otra vez visitada la tumba, y el cuerpo de la Lantelme apareció tirado en el suelo; y como el móvil no pudo ser el robo, pues el señor Edwards retiró públicamente las joyas del sepulcro, a raíz de la primer profanación, se supone que amigos de la Lantelme, inquietados por los persistentes rumores de que la joven vive aun, resolvieron cerciorarse de si es realmente su cuerpo el que allí yace.

Poco después de la muerte de la Lantelme se anunció el compromiso matrimonial de Edwards con otra famosa actriz parisiense. Pero Edwards murió antes de realizar este proyectado matrimonio. Dejó su fortuna a una hermosa artista, la señorita Gabriela Colonna Romano, con la cual también había concertado casamiento.

Espectáculos. — Teatros


José María Bosch.

ARTE NACIONAL.

Apolo. — Don José María Bosch, crítico teatral militante en nuestro periodismo diario, ha querido someterse al suplicio que hiciera sufrir a tantos autores, el de la crítica, y se ha iniciado, con éxito, en la producción teatral con dos comedias, "Cosas de chicos" y "La gallega", que la compañía Membrives-Casaux estrenó el martes pasado.

"La gallega" es una comedia en tres actos que como primera virtud presenta la muy apreciable de estar bien desarrollada y mejor escrita.

Hay en "La gallega" elementos que, infelizmente, no abundan en nuestro teatro, observación en el delineado de los tipos, lógica en las situaciones y en los desenlaces, honrada intención en toda la obra y mucha animación en los parlamentos, que, aun siendo a veces algo estirados, no fatigan porque las frases puestas en boca de los intérpretes unen a su amenidad esa alada ligereza que sólo las producciones de algunos maestros del buen teatro poseen.


Varela (señor Mary).

"La gallega" es una de esas obras que castigan riendo; que pegan, pero con una vara de perfumadas flores. Jamás el desplante oratorio ni el gesto heroico, ni la frase que pretende ser profunda y sentenciosa, y, sin embargo, el señor Bosch en su aparente superficialidad llega hasta el corazón y conmueve, discretamente, sin abusar del recurso.

"La gallega" es, puede decirse, una de las mejores comedias que se haya producido entre nosotros y no será difícil que su permanencia en el cartel sea prolongada. Vivamente deseamos que así sea, desde que ello significaría para su autor la compensación de su esfuerzo y a la vez constituiría para los demás autores una enseñanza provechosa, desde que les señalaría el camino a seguir en sus futuras producciones.

Lola Membrives interpretó el papel principal de la obra con la gracia inquieta y picaresca con que sabe hacerlo cuando el rol que se le confía se adapta a sus apreciables condiciones. En el papel de Soledad ha obtenido la señora Membrives el más completo de los éxitos que haya alcanzado en la interpretación del teatro nacional.


Soledad (señora Membrives) y Vargas (señor Reforzo).

Las señoras Mary, Palomero y Vargas acompañaron dignamente a aquélla, distinguiéndose del elemento masculino los señores Mary, Ratti y Reforzo.

"Cosas de chicos" es un bonito boceto de comedia en que Pierina Dealessi y Alberto Palomero divierten un cuarto de hora.

Argentino. — Don Alberto Novión estrenó el miércoles pasado en este teatro una obra en tres actos, cuyo título es "El patio de los amores".

La obra, aunque carece de asunto y fluctúa entre el sainete, el vodevil y la comedia, es amena y divierte desde el principio hasta el fin.

En "El patio de los amores" hay tipos cómicos bien observados, las situaciones están bien traídas y los chistes no pasan de los límites señalados por el buen gusto.


Polito (señor Ratti).

Sin que "El patio de los amores" llegue a constituir uno de los mayores aciertos del señor Novión, puesto que puede exigírsele mucho más a autor tan diestro y probado en el difícil arte teatral, la obra fué recibida muy agradablemente por el público, que rió sin descanso durante los tres actos.

Como el autor de esta pieza no ha pretendido un éxito artístico, sino de risa, y éste lo ha conseguido amplio y concluyente, están de más todas las consideraciones que respecto a la obra se haga, desde que no se trata de un autor novel e inexperto en las lides teatrales.

Los señores Parravicini y Mangiante, así como las señoras Rico y Ghio y la señorita Notar, se distinguieron en sus respectivos roles, imprimiéndoles relieve y animación.

Odeón. — Del estreno de "El Abismo" no nos queda más que la satisfacción que produce inevitablemente la incorporación a la falange de los que luchan y laboran por el engrandecimiento de nuestro teatro de un hombre de tanta significación como don Carlos Rodríguez Larreta. Y a esta satisfacción se une el amargor que su poco acierto ha producido, también inevitablemente en el ánimo de todos los que deseamos que ese engrandecimiento del teatro nacional sea un hecho.


Camila Quiroga, la eximia actriz del teatro Nuevo. (Fot. Bixio).

Desprovista la obra del doctor Rodríguez Larreta de otros méritos que el de la valentía del gesto, sólo nos resta esperar que el poco éxito logrado no sea más que un incentivo para futuras tentativas.

No puede dejarse de reconocer que este año el arte teatral nacional ha estado de parabienes, pues a los estrenos de obras líricas en el coliseo municipal, se unen los dos del Odeón, "El abismo" y "La victoria de Samotracia", obra esta última de don Enrique García Velloso que estrenara Thuiller el jueves pasado.

"La victoria de Samotracia" es tal vez la mejor obra del señor García Velloso; la más sincera y la escrita con mayor cuidado, por lo menos.

Dentro de una serie de escenas cómicas, García Velloso nos presenta un joven y talentoso hombre que peligra naufragar en medio del desorden de su agitada vida. Previo algunos arranques de decisión y algunos titubeos, el hombre se entregó a la única fuerza salvadora, el amor maternal y el casto de una mujer sencilla y amante que allá lejos en el pueblo natal lo aguarda paciente y esperanzada.


Alberto Novión.

Así como nos congratulamos de que personalidades de la talla del doctor Rodríguez Larreta estrenen obras teatrales, debemos igualmente congratularnos de que compañía de tan elevadas condiciones como la de don Emilio Thuiller ponga en escena obras de nuestros autores, máxime como, cuando en el caso de "La victoria de Samotracia" el estreno significa un éxito para la compañía y un triunfo para el autor.

Nacional. — "Stud la Pampa", de los señores Meroni y Giudice, estrenada con éxito el viernes pasado, es una pieza teatral en un acto construída y desenvuelta en forma agradable e interesante.

El asunto envuelve un episodio turfista y un conflicto pasional que tienen al final de la pieza desenlace satisfactorio.

La interpretación fué cuidada y eficaz.

Paolo Antonio (Señor Parravicini).

BAILES RUSOS.


Doña Brígida (señora Rico).

Coliseo. — Entre los numerosos bailes y diversiones puestos en escena por la compañía que Ana Pavlowa dirige, el titulado "Oriental" ha sido el que mayor éxito ha alcanzado.

Combinado por Ivan Clustine, aprovechando música de diversos autores, constituye un espectáculo de arte, exquisito y vistoso.

La Pavlowa y Volinine, tienen en él ocasión para lucir su escuela insuperable, en solos, pasos a dos y danzas de conjunto. El argumento es interesante y los trajes y el decorado bellísimos.

No ha sido tan afortunada la compañía en el baile "Raymonda", a pesar de que fué montado con esplendidez y en él los artistas lucen trajes muy vistosos y originales. Tal vez ello sea debido a la falta de unidad de la obra, cuyas bellezas son desiguales e interrumpidas por pasajes de poco interés. Muy variadas las "diversiones" con que se finaliza el espectáculo, proporcionan a la selecta concurrencia que las disfruta unos momentos de bella emoción estética.

TEATRO ESPAÑOL.

Victoria. — "La hija de la Marquesa" es el título de una obra francesa que vertida al español ha estrenado Díaz de la Haza. Interpretada con cuidado y acierto, ha servido para demostrar una vez más las buenas condiciones que reune esta compañía.

La obra es una comedia "para familias" que entretiene y emociona al público, pero que, aun cuando acredita la habilidad de su autor, no pasa de ser una producción discreta.

TRASPUNTE.

Candelario (señor Mangiante).

Dib. de Macaya.



Cinematografía

ESTRENOS DE LA SEMANA.—PRODUCCION EXTRANJERA

La casa de muñecas.—¡Las obras de Ibsen han sido tambien cinematografiadas!

Parecía que el cine podía solamente entretener con los cuadros puramente efectistas; pero esta vez se ha querido demostrar, con la adaptación de "La casa de las muñecas", que el teatro mudo puede interpretar los tipos que el genial dramaturgo llevó a las tablas y traducir en un gesto o una actitud, hasta las ideas...

Los dramas de Ibsen no son, por otra parte, como para una colectividad heterogénea como la del cine, y para lograr una explicación clara y concisa, era necesario realizar algo extraordinario.

Es quizá, por este motivo, que la notable interpretación de Dorothy Phillips a cargo del papel de Nora, aparezca ante el espectador vulgar como un drama incomprensible, no obstante ofrecer la película, en ciertos momentos, cuadros de realidad, de emoción intensa.

Esta película se estrenó el sábado.

"Hulda, la flor de Holanda".—Los admiradores de Mary Pickford, podrán de nuevo, esta semana, presenciar una interpretación de la popular artista.

Es esta una sencilla comedia, de un argumento que carece de importancia pero que está realzado por la creación de Mary Pickford, a quien vemos en un país holandés, con su vistoso traje de bretona, representando el papel de una campesina que, cuidando a tres hermosos e inquietos hermanos, se ve obligada a cruzar el Atlántico como emigrante y llevar a Nueva York sus encantos y gracia ingenua.

Con esta cinta de "Paramount", revela esta artista su intuidad para la personificación de los más diversos tipos. En su caracterización de Hulda nos recuerda a la Mus-me de "Madame Butterfly", película ésta que aun se exhibe en nuestros cines. Debe estrenarse mañana esta nueva película.

"Como pan caliente". — De acuerdo con lo anunciado en los salones atendidos por la North y Sud Americana, se ha estrenado la primera cinta de los programas llamados "Butterfly" y que son las producciones más selectas de la marca Universal.

"Como pan caliente" es una risueña comedia, creación de Herbert Rawlison y Neva Gerber, que acusan un gran esfuerzo en su presentación escénica.

El torbellino.—Es de la marca Fox y se estrenó el sábado. Es una historia un tanto abundante de "casualidades", que describe la vida llena de fuertes impresiones de los grandes especuladores y que termina como todas las cintas con el encuentro de una muchacha que quiere ser libre y un joven condenado por su padre a vivir de su trabajo a pesar de sus riquezas enormes. El casamiento y la felicidad completa finalizan la obra.

El vagabundo. — La marca Pathé Fréres ofrece este importante estreno, cuyo papel de protagonista está a cargo de de E. Krauss.

Sangre y arena. — Debe estrenarse este "film" extracto de la novela de Blasco Ibáñez. En un próximo número dedicaremos un comentario merecido al asunto.



Pina Menichelli, de "Itala Film", una de las más bellas artistas italianas.

PRODUCCION NACIONAL

"El conde Orsini".—Tuvo lugar la exhibición privada de esta cinta original del doctor Belisario Roldán, editada por la "Argentina Film" y anunciada al público para pasado mañana.

La nueva cinta nacional es de una tendencia moralista dentro de su género policial. Analiza el doctor Roldán esa aspiración de ciertas gentes por poseer un título de aristócrata, al mismo tiempo que al descubrir la vida de un falso conde, antiguo conocido de nuestros sagaces policías, señala, mediante un giro natural, la regeneración del falso aristócrata que abandona su existencia de perdición para convertirse en un hombre laborioso.

Interpretan esta cinta las actrices nacionales Angelina Pagano, Inés Berutti y Lina Esteves, siendo primer actor Pedro Gialdroni que encarna el papel del conde Orsini, secundándolo Francisco Ducasse, Rómulo Zurdo, Alberto Neccoly y Diego Figueroa.

Para la impresión de esta película, los actores impresionaron algunas escenas en Río de Janeiro.

NOTAS Y COMENTARIOS

Pantomimas acuáticas. — La "Keistone" ha hecho construir en su parque de impresión de películas una enorme pileta que tiene sus esclusas que van a canales de grandes dimensiones. Estos canales tienen en ciertas partes unas escalinatas muy empinadas y desiguales que sirven para imitar a las cascadas. Parece que las películas que representan comedias a base de baños imprevistos, han causado sensación en los Estados Unidos y las empresas editoras producen semanalmente una película cómica de este género.

Lluvias. — La "Blue Bird", ha producido una serie de cintas dramáticas, donde se pueden admirar algunas escenas bastante nítidas, impresas en día de lluvia. El efecto de la verdadera lluvia, como espectáculo, ha sido muy bien recibido por el público.

Dorothy Phillips y el teatro. — Un crítico neoyorkino, al comentar la interpretación de esta actriz en el cinematógrafo, a propósito de "La casa de muñecas", dice que impresiona mucho más favorablemente que en el teatro.

Los "lautari" de Rumania

Los "lautari" son los músicos—zíngaros que recorren el país y no pueden faltar en ninguna fiesta rumana. Sus instrumentos son el violín, la cobza, una especie de mandolina, que sirve tan sólo para ejecutar el acompañamiento, el nai, una pequeña flauta y la guitarra; a menudo se completa la banda con el címbalo, aun cuando este instrumento no forme parte esencial de la música popular rumana. Es ésta que antes solían ejecutar exclusivamente los zíngaros y en la que no tienen rival. El rumano, por su parte, oía con embeleso esos aires sugestivos, tanto que en medio de la alegría más desenfrenada pedía la "doina", el canto melancólico, característico del canto popular rumano.

Difícil es definir la "doina". Poesía y música son inseparables. Para apreciarla debidamente es menester haber oído desde la niñez esta melodía amplia, triste y plañidera. Según unos, la "doina" es una queja amorosa; según otros, una poesía melancólica o un canto en que se recorre toda la escala de los sentimientos, dolor y alegría, amor y odio, entusiasmo y desesperación, pero siempre alentado por una esperanza, un anhelo." La mejor de las definiciones es tal vez la que da O. Carp al decir que "la doina no es tan sólo la queja de un corazón, ni el dolor de un momento pasajero, sino que es la queja del pueblo rumano que se lamenta de los dolores de que se muere."

En efecto, en muchas de las doinas se alude a las cuestiones sociales y económicas del país. Pero no solamente es ella el canto preferido de las clases populares sino también la reclama el boyardo para amenizar su "kef" (banquete o vendimia, etc.). La melancólica doina da cierta poesía a una fiesta puramente bucólica, aun cuando ésta suele terminar con una alegre danza; una "hora" o una "sirba", ejecutada por todos los comensales.

Antes, estos "kefs" eran muy frecuentes y los zíngaros hacían buenos negocios, ya que cada boyardo y cada "keflin" (comensal) tenía su canto preferido y recompensaba largamente a los músicos que sabían tocarlo a su gusto. Y no era raro que al morir el boyardo, el "taraf lautari" (banda de música) esperara al lado de la tumba para tocarle por útima vez su canción favorita, homenaje que solía despertar más lágrimas y suspiros que un bien estudiado discurso.

Sin embargo, decenios hace que los lautari ya no son lo que fueron; lo antiguo se derrumba, la canción popular va perdiendo su atractivo, el auditorio, viciado por la mercancía musical importada, pide a los lautari los números más aplaudidos de la última opereta o la canción en boga de la celebrada "divette".

Por lo tanto, el músico ambulante envía a sus hijos al Conservatorio para que estudien música; pero al convertirse en músicos pierden aquella naturalidad primitiva, ingenua, que tan singular atractivo prestaba a su arte.

La mayoría de ellos va perdiendo también el finísimo y tan alabado oído musical, ya que, sabiendo leer la música impresa, consideran superfluo concentrar la atención en lo que oyen. Difícilmente se repitiría hoy día la escena que describió Liszt. En casa de un boyardo, amigo suyo, conoció el gran virtuoso uno de los más famosos "lautari" de la Moldavia. En su obsequio tocó Liszt una de sus rapsodias húngaras, y al terminar, el zíngaro cogió su violín, repitiendo de memoria todo lo oído.

Basile Alexandri, uno de los primeros poetas de Rumania, inmortalizó los antiguos "lautari" en su monólogo: "Barbu Lautaru". Este había sido uno de los últimos de los famosos "lautari" de la Moldavia. Llega a casa de un boyardo en ocasión de dar éste un banquete y pretende tocar con su "taraf". Pero los criados no le quieren dejar pasar, y el que antes había sido el bienvenido en todas partes, se ve tratado con desprecio porque los invitados desean oir óperas italianas y operetas francesas. Por fin se abre camino hacia la sala y se presenta a los allí reunidos con estas palabras:

"Soy Barbu Lautaru, que ha tocado en la boda de vuestros padres y en vuestro bautizo, y tratan de impedirme la entrada vuestros criados. Pero vosotros, señores, no permitiréis que echen de vuestra casa al anciano Barbu". Y luego va contando de la vida y franca alegría de sus contemporáneos, cómo amaban y se casaban, y cómo en cualquier instante importante de la vida no podían faltar los "lautari" a quienes se ofrecía el dorado vino y recibían monedas de oro en cambio de sus cantos.

Pero todo fué un sueño; la realidad es otra: otros tiempos, otros cantos. Y con entonación triste dice Barbu, el staroste (el jefe) de los "lautari", que tocó en alegres bodas y en bautizos de príncipes, que se alejara para morir olvidado como una canción de antaño.

X.

LA COMPETENCIA



"No se debe trabajar demasiado, si no acaba por hacerse competencia a sí mismo."



Barbero. — No se vaya, señor; ahora le toca a usted.

Concurso infantil de FRAY MOCHO

10.232 PREMIOS

Condiciones:

Se trata de iluminar con lápices de colores los dibujos que van al pie.

Sólo podrán tomar parte en este concurso niños en edad escolar; siendo el dibujo de la categoría A para niños o niñas de 1.°, 2.° y 3.er grado; y el de la categoría B, para los de 4.°, 5.° y 6.°.

Los premios se distribuirán por orden de importancia entre los autores de los dibujos mejor coloreados, según lo resuelva el jurado que se nombrará oportunamente.

Para evitar posibles intervenciones de personas mayores, es condición indispensable que los niños premiados repitan la operación de colorear el dibujo, delante de la persona que el jurado indique, para demostrar que han sido ellos y no otros los autores del trabajo remitido.

Cada niño puede mandar todos los dibujos que desee, pero sólo podrá optar a un premio.

Este concurso se clausurará el día 15 de septiembre del año actual.

Diríjase la correspondencia a la administración de FRAY MOCHO, calle Bolívar 580, Buenos Aires.

Algunos de los premios ofrecidos



Los premios están expuestos en la casa TOSI, (acreditada casa Medina) Florida, 255; y llevan su acreditada marca.



La Casa envía catálogos gratis al interior, con detalles de los premios, a quien los solicite.



PREMIOS

Categoría A

UN 1.er PREMIO. — Fonógrafo sin bocina, membrana patentada, para discos con o sin púa. Mesa con persiana para 130 discos; púas y accesorios. Tres discos dobles incluyendo el Himno Nacional.

UN 2.° PREMIO. — Violín "Stradivarius", con arco, estuche, etc.

UN 3.er PREMIO. — Mandolín importado, con estuche.

UN 4.° PREMIO. — Fonógrafo sin bocina, con membrana de combinación para cualquier clase de discos; con un disco del Himno Nacional.

SEIS 5.os PREMIOS. — Guitarra fina, dimensiones apropiadas a la edad del niño.

VEINTICINCO 6.os PREMIOS. — Rifle de aire comprimido para municiones.

VEINTICINCO 7.os PREMIOS. — Lapicera "A. A. Waterman", con pluma de oro y estuche.

CINCUENTA 8.os PREMIOS. — Linterna eléctrica de bolsillo "La luz del mundo", con pila y lamparita.

SEIS 9.os PREMIOS. — Pandereta fina, con cascabeles.

Categoría B

UN 1.er PREMIO. — Fonógrafo con mueble tipo "De Luxe", el máximum de la perfección, con espacio para 150 discos, motor de doble cuerda, con accesorios y 24 piezas surtidas.

UN 2.° PREMIO. — Violín con estuche.

UN 3.er PREMIO. — Mandolín con estuche.

UN 4.° PREMIO. — Fonógrafo sin bocina, membrana combinación para cualquier clase de discos.

SEIS 5.os PREMIOS. — Guitarra fina.

VEINTICINCO 6.os PREMIOS. — Rifle de aire comprimido.

VEINTICINCO 7.os PREMIOS. — Lapicera con pluma de oro.

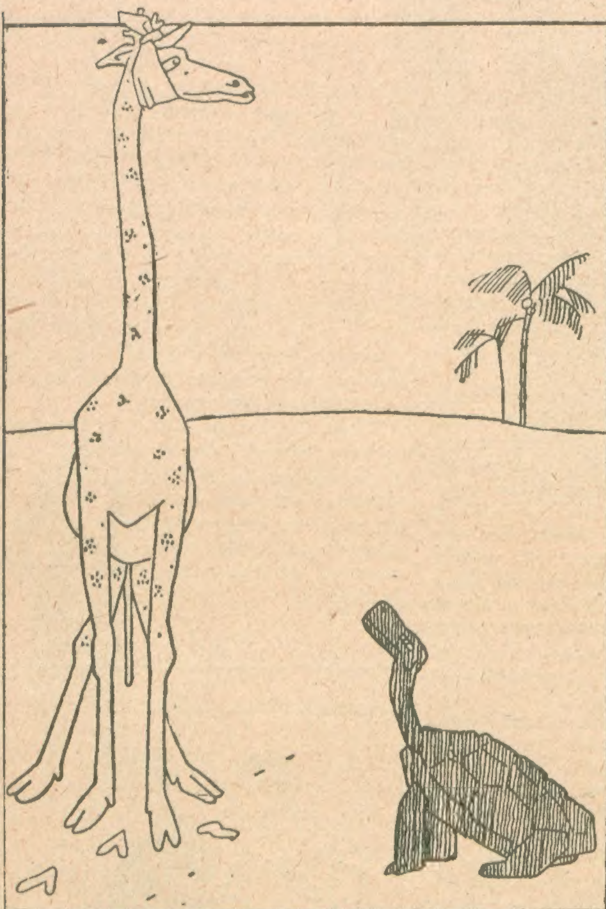
CINCUENTA 8.os PREMIOS. — Linterna eléctrica completa.

SEIS 9.os PREMIOS. — Pandereta con cascabeles.

Además de estos 232 premios repartiremos 10.000 premios "Consolation".

CATEGORIA A

Para niños de 1.°, 2°. y 3.er grado



Nombre..

Dirección.......................................

....

279 EDAD.......... GRADO..........

CATEGORIA B — Para niños de 4.°. 5.° y 6.° grado



..........Nombre y Dirección..........

279 EDAD.......... GRADO..........



Notas femeninas





Acercándose la primavera, forzoso nos es ir ocupándonos de los sombreros de primavera y verano. ¡Pobres sombreros de paja! De día en día van gustando menos; como dicen desdeñosamente las modistas; han caído en lo común. Francamente, han tenido una historia bien bizarra los sombreros de paja! En el dichoso tiempo de nuestra infancia se llevaba con bastante sentido común terciopelo o fieltro en el invierno, paja en el verano. Pero el ilogismo principió con el apuro de ciertas modistas que en su premura o deseo de adelantarse a la moda, hicieron los sombreros del verano en los fríos días de los meses de junio y julio. De allí que en septiembre y octubre se les han encontrado ajados, pasados de moda y los han reemplazado por formas de satén tendidas en encajes, y así ahora asistiremos a otro contrasentido, como ocurrió en años anteriores, veremos el éxito de los fieltros: ¡algunos adornados con pieles en pleno verano! Esto es la derrota completa de los pobres sombreros de paja, según opinan algunos, pero creo que se equivocan, pues reaccionarán... y... paciencia, esperemos al final.



Por de pronto hacen una discreta aparición, adornados por una copa, lindamente drapeada en satén o faya y no dejando ver más que un poco de paja a la orilla, en forma de ribete o en liseré.

Se ven también algunos canotiers bretons, ligeramente alzados o si no con bordes chatos. Téngase en cuenta que todas estas formas son casi inmensas y por una vez, según la opinión de los entendidos en estética, la moda es razonable. El sombrero de paja, debiendo servir para preservarnos del sol, no puede ser del tamaño de un minúsculo toquet, cuyas alas ausentes no sabrían preservarnos de los rayos solares a veces nefastos para los ojos.

Sus adornos son casi siempre discretos: cintas cocidas, chatitas sobre la copa y sobre el ala; rosas de seda colocadas aquí y allí como por equivocación, algunas fantasías de perlas... y esto es todo.

Los dos modelos que encabezan esta página, son una demostración acabada de lo bonitos que serán algunos de ellos. El primero es un monísimo sombrero para señora, muy entrado en la cabeza, hecho en gruesa paja con una copa boina de satén, adornado adelante por dos originales alas, formadas con manojos de aigrettes.

La cloche del segundo modelo es una combinación de paja de crin y muselina de seda con un depasant a la orilla del ala. Su único adorno consiste en una cinta gros-grain o de faya de color blanco, con un moño chato atrás, alrededor de la copa. El moño puede ir indistintamente atrás, a un costado o anudado adelante.

A medida que vaya adelantando la estación, publicaremos nuevos modelos de sombreros.

Según las crónicas que llegan de Europa, se verán para este verano menos blusas de lencería que en años anteriores. El porqué, no se sabe, sino por suposiciones. Siendo tan difícil y costoso su mantenimiento para que siempre sean lindas y frescas, no debemos sentirlo o apenarnos por demás. Si las lectoras de esta página desean absolutamente tener una o dos, deberán atenerse a una gran sencillez, aboliendo bordados y toda clase de encajes, admitiendo cuando más un pequeño entredós en filet; unos botones "boules" en Irlanda.

Valiera más aún adornarlas con unos pliegues sencillos o dobles, alternando para formar un delantero de camisa de hombre.

Un cuello Directorio o un cuello alto, con una corbatita de cinta negra en terciopelo; las mangas largas con un bonito puño, es todo lo que requieren estas sencillas blusas chemisier que van a predominar en la próxima estación.

Junto con estos modelos han aparecido los zapatos y botas de tela para acompañar las faldas blancas y los trajes ligeros. Sus formas se han vuelto tan elegantes desde hace algunos años, que cuesta trabajo diferenciarlos de los zapatos de gamuza, tan en boga sin embargo. Los zapatos fantasía, en cuero de color, son muy buscados también, sobre todo en azul marino, gris, malva y en la clásica cabritilla amarilla.

El amarillo de moda se inclina al tono rojo. Es un tono delicioso y de un chic indiscutible. En cuanto a las medias, no pueden ser más que en hilo muy fino, sin ser muselina o en seda y en el mismo color del traje, o bien todas negras con una pequeña cuchilla de seda bordada a los costados.

Los dos modelos de trajes son sencillos y bonitos. El primero es en Jersey de lana simplemente adornado con pespuntes. El cuerpo ablusado luce una guimpe con mangas largas y una bota con dos hileras de pespuntes. Su tela es un voile blanco. La falda fruncida alrededor del talle tiene dos especies de largos bolsillos, que se prenden al talle bajo un cinturón, el que se anuda atrás y cuyas caídas tienen también cinco hileras de pespuntes.

El segundo modelo es en crêpe de Chine rebordado con rosas en el bajo delantero de la falda, puños y tirantes de la blusa. Si no se quiere emplear una tela de tanto lujo, se puede emplear el crêpe Georgette o cualquier otra tela apropiada para el verano. El efecto será igual. El sombrero, gran canotier, tiene una copa drapeada en satén negro, con unas cuantas rosas colocadas como al descuido sobre la copa, por todo adorno. El conjunto es delicioso y sirve divinamente para un arreglo, pudiéndose reformar un sombrero del año anterior, transformándosele así en un sombrero de moda.

Caspa o suciedad capilar.—Hay mucha gente a la que el estado poco limpio de su cabeza por causa de la caspa, molesta. Preséntase la caspa en forma de una escama fina, blanca y brillante que de la cabeza cae sobre la espalda y los vestidos. A veces encuéntrase también esta escamilla en el rostro y las mejillas.

Tal enfermedad se debe a la alteración de las glándulas sebáceas y al eczema, a la pitiriasis o a otras causas semejantes. Cuando hay mucha caspa acumulada, los cabellos salen a diario al pasar el peine, de lo que resulta una gran pérdida.

Un buen método para evitar todo esto consiste en lavar la cabeza una o dos veces por semana con una loción que se hace echando dos dracmas de bórax en una pinta (0,560 litros) de agua alcanforada. Otra es disolver dos dracmas de crémor tártaro en una pinta de agua templada.—A. de **DAUMONT.**

Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266—Buenos Aires